

# EL CORREO DE ULTRAMAR

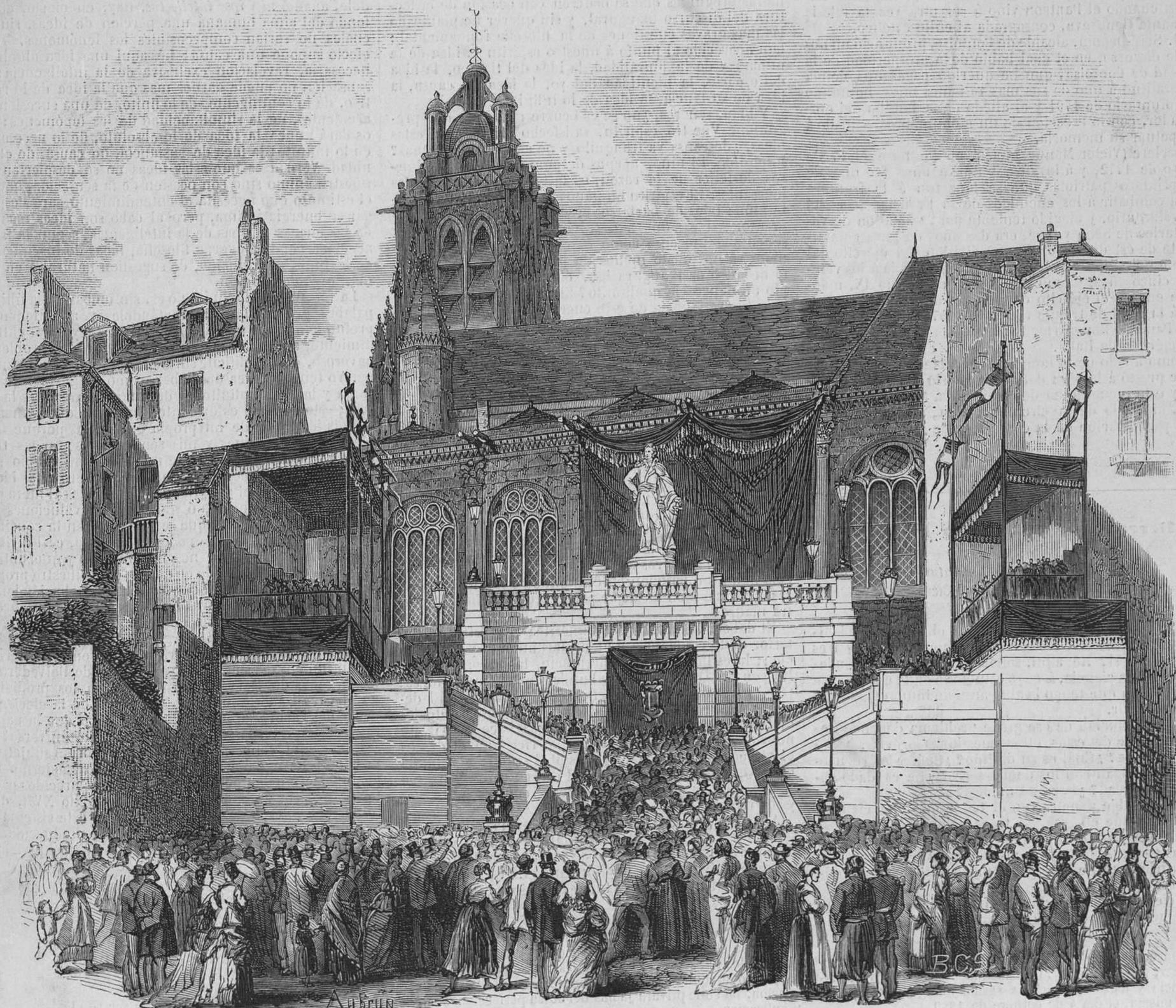
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, pasage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — Nº 877.



FRANCIA. — Inauguracion de la estatua del general Leclerc en Pontoise.

## SUMARIO.

**Inauguración de la estatua del general Leclerc en Pontoise;** grabado. — **El Derecho, el Deber y la Libertad.** — **Viaje de S. M. la emperatriz Eugenia;** grabado. — **Sucesos de España;** grabados. — **Revista de París.** — **Poesías.** — **El palacio de Ismailia;** grabado. — **Itinerario en Suez y en el Bajo Egipto;** grabado. — **El Istmo de Suez;** grabados. — **Historia de un pañuelo blanco.** — **Un matrimonio de la mano izquierda.** — **La República de Guatemala;** grabados. — **Estudios de costumbres, caricaturas por Randon;** grabados. — **Tres días en Nápoles.** — **Bellas Artes;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

**Inauguración**

DE LA ESTATUA DEL GENERAL LECLERC EN PONTOISE.

El domingo 10 de octubre la ciudad de Pontoise ha celebrado la inauguración de la calle Imperial y de la estatua del general Leclerc. Al extremo de la nueva vía, el ayuntamiento ha hecho edificar una escalinata monumental que conduce a la iglesia principal que hay en Pontoise, y en el descanso de esta escalera se levanta en un pedestal de granito la magnífica estatua de mármol blanco del general Leclerc, obra del escultor Lemot, estatuaria distinguido del primer imperio.

A las once y media las autoridades municipales, judiciales y civiles estaban reunidas en el concejo, y pasaron, con el subprefecto y M. Seré-Depoin, alcalde de Pontoise, a la estación, para recibir al general baron de Beville, edecan del emperador, delegado de Su Majestad para representarle en la inauguración de la estatua del general Leclerc.

La estatua del general Leclerc ha sido regalada a la ciudad de Pontoise por la mariscal Davoust: esta estatua, de hermoso mármol blanco, de gran dimensión y mucho parecido, fué encargada por Napoleón I y figuró en el Panteón entre las estatuas de los hombres ilustres; el rey Luis XVIII se la devolvió al mariscal Davoust cuando el Panteón vino a ser otra vez la iglesia de Santa Genoveva, consagrada al culto católico.

M. Seré-Depoin, alcalde de Pontoise, pronunció un notable discurso, en el cual habló de la prosperidad de la ciudad de Pontoise, que ha querido pagar una deuda de gratitud a uno de sus más valientes hijos, honrando al voluntario de 1791 y al aliado de la familia del emperador, con la erección de un monumento destinado a perpetuar su memoria.

Leclerc (Victor Manuel) nació en Pontoise el 17 de mayo de 1772, y a los diez y nueve años fué uno de los primeros patriotas que se lanzaron a la frontera para combatir a los enemigos de la Francia. Se alistó de voluntario, y elegido teniente del 2º batallón de voluntarios de Sena y Oise, era dos años después comandante de estado mayor de una división del ejército del Este en el sitio de Tolon. General de brigada a los veinte y cinco años, y teniente general en el año IX, mandaba en jefe el ejército de Santo Domingo, donde murió a la edad de treinta años. En 1797 se casó en Milan con Paulina Bonaparte, hermana del general en jefe del ejército de Italia.

Como aliado de la familia Bonaparte, el general Leclerc prestó a la obra del 18 brumario un enérgico apoyo, y este recuerdo ha determinado a M. Lefevre Pontalis, diputado de la circunscripción, a abstenerse de toda participación en la ceremonia de Pontoise.

L. C.

**El Derecho, el Deber y la Libertad (1).**

*Omnibus ratio; jus igitur datum est omnibus.*  
(CICERÓN.)

Señores: ¿Qué es el derecho, qué el deber, qué la libertad? ¿Cuáles son las relaciones que unen estas tres ideas entre sí? Hé aquí, señores, el problema fundamental de la ciencia, a cuyo estudio se halla consagrada la Academia que tengo la alta, aunque inmerecida honra de presidir.

Peró la solución de ese grave problema depende necesariamente de estas otras cuestiones previas. ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su destino? ¿Cuáles las relaciones que le ligan con los demás seres? ¿Le es dado conocer la verdad? ¿Por qué medios?

No es posible penetrar en el templo de una ciencia, cualquiera que ella sea, sin tropezar en el átrio con estas grandes y trascendentales cuestiones, materia en todas las edades de las más vivas controversias, encanto y martirio a un tiempo de las más privilegiadas inteligencias.

La ciencia jurídica está más íntimamente ligada que otra alguna a la filosofía. Forma parte integrante de

(1) Discurso leído por el Excmo. señor don Manuel Alonso Martínez, presidente de la Academia matritense de jurisprudencia y legislación, en la sesión inaugural celebrada por la misma, el día 4 de octubre de 1869.

esta la ética ó moral, y la moral, el derecho natural y el derecho positivo, son, como se ha dicho muchas veces, tres círculos concéntricos.

Al indicar la estrecha relación que existe entre la filosofía y la ciencia del derecho, no me propongo ciertamente escribir un tratado de metafísica. En un discurso inaugural de exiguas proporciones, no he de empujar, como Descartes, dudando de todo para construir de nuevo, desde la base hasta la cúpula, el edificio de la ciencia.

Peró tampoco quiero aceptar definiciones convencionales y arbitrarias sobre la libertad, el derecho y el deber. Si he de llevar el convencimiento a vuestro ánimo, menester es que penetre en las entrañas de la cuestión, de manera que las definiciones surjan, por sí mismas, de la naturaleza de las ideas que vamos a estudiar.

Descartes dió a la ciencia, no su principio fundamental, pero sí un punto de partida seguro: el hombre puede dudar de todo, menos de sí mismo.

Bacon, el célebre descubridor de la ley de la inducción (1), demostró la necesidad del método experimental en toda investigación científica, y quiso dar a la observación piés de plomo para marchar con seguro paso, en vez de alas para volar. Sigamos pues el consejo de estos dos grandes maestros.

Yo sé que existe: en vano trataría de sublevarme contra la evidencia de esta revelación del sentido íntimo. Otro hecho hay igualmente indudable para mí; el de que estoy leyendo el discurso inaugural. Pues estudie mos este hecho.

Apenas se recoge un poco mi pensamiento para analizarle, hierven en mi mente multitud de ideas, y me asaltan en confuso tropel innumerables dudas que excitan cada vez más mi insaciable curiosidad. Instintivamente me pregunto: ¿Quién soy yo que os dirijo la palabra? ¿Quiénes sois vosotros que me escucháis? ¿En qué instante del tiempo nos hemos reunido? ¿Qué lugar del espacio estamos ocupando? ¿Soy yo el mismo que era ayer, el mismo de hace veinte años? ¿Me he dado a mí mismo la existencia? ¿Quién me la ha dado, quién se la dió a mis padres? Vosotros y yo, seres infinitos, ¿hemos creado este mundo que nos maravilla? ¿Quién es su autor?

Ya lo veis: no he hecho más que formular las primeras preguntas que se ocurren con ocasión de la lectura del discurso inaugural, y sin querer he planteado las más graves cuestiones de la filosofía fundamental: han aparecido al punto a nuestro espíritu la idea de la unidad y de la pluralidad, la idea del tiempo, la idea del espacio, la identidad del yo, la idea de causa, la idea de sustancia, la idea de lo infinito.

Y bien, señores, ¿no se os ocurre nada más que preguntar? Vuestro espíritu, satisfecho de poseer estas ideas, ¿descansa ya tranquilo y no aspira a saber más? Imposible. El niño, apenas despuntan en él los primeros destellos de la razón, os fatiga con sus preguntas incansables. El espíritu humano es en esto perpetuamente niño: lejos de hartarse, crece y se aviva con el alimento. Así es, que aun tratándose de un hecho tan sencillo é inocente como el que motiva nuestra reunión, yo no puedo menos de preguntarme: ¿Leyendo el discurso de inauguración, obro bien ó mal? ¿Cumpló un deber ó le quebranto? Si después de haber aceptado la presidencia de este cuerpo científico, no cumpliera la primera y más indeclinable obligación que impone tan honroso cargo, ¿quedaría contento de mí mismo, ó sentiría el escozor y la vergüenza de haber desertado de mi puesto? Y vosotros que me elevásteis con vuestro espontáneo voto a la presidencia, ¿cómo me juzgaríais? ¿Me recompensaríais con vuestra estimación, ó me castigaríais con vuestro desprecio? Ved pues, señores, cómo surge natural y necesariamente la idea del deber, a propósito de toda acción ó abstención, de la propia suerte y con los mismos caracteres que surge la idea del espacio con ocasión de la percepción externa de los cuerpos. Esta idea del deber se revela con mayor energía al espíritu, cuando la acción ó la abstención tienen un carácter moral más acentuado. Yo tengo la dicha de ser padre; ¿haría bien en prostituir a mis hijas? Vosotros sois hijos: si por ventura os hacéis una gran posición en el mundo y acumuláis riquezas, ¿haríais bien en dejar perecer de hambre a vuestra madre?

El deber, el mérito y el demérito; la satisfacción interior de la conciencia ó el remordimiento y la expiación; la estimación y el desprecio, las recompensas y las penas. ¡Qué nuevo y abundante venero de ideas! ¡Qué magníficos y antes ignorados horizontes! ¡El deber! ¡Palabra mágica que derrama inmensos raudales de luz sobre nuestro espíritu, y nos hace divisar un nuevo mundo, más preciado y más rico que el descubierto por Hernán Cortés y Cristóbal Colón; el mundo moral que habita la humanidad con su razón y sus pasiones, con sus virtudes y sus vicios, con sus grandezas y sus miserias!

Abí están, para atestiguar su existencia, además del sentido íntimo que es un juez infalible é inapelable, las lenguas de todos los pueblos de la tierra, reflejo fiel de la razón universal. No hay ninguna que no tenga palabras para distinguir la virtud y el vicio, el interés y el

desinterés, la abnegación y el egoísmo, el heroísmo y la abyección, la simpatía y la antipatía, el mérito y el demérito, la estimación y el desprecio, la benevolencia y la malevolencia. No hay ninguna que no tenga palabras para expresar la beneficencia, la filantropía, la dulce caridad... Si estas palabras no representaran ideas reales, las lenguas no podrían inventarlas: los idiomas expresan lo que es, no lo que no es: «no existe el lenguaje de la nada.»

La idea del deber, idea de asistencia mútua entre distintos seres, excluye la sacrilega hipótesis del *Solitario*. El hombre no ha sido creado para vivir en el aislamiento; es un eslabón de la cadena de los seres, cuyo conjunto forma la sublime armonía del universo: un lazo misterioso le une al mundo exterior y a su Supremo arquitecto, al Criador y la creación, de aquí la triple división de deberes para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes.

Permitidme ahora una digresión sobre el origen y valor real de las ideas; es indispensable para demostrar el carácter absoluto del deber.

Conocéis la lucha gigantesca sostenida entre los partidarios de Platon y de Aristóteles, dos genios poderosos que se han disputado y se disputan todavía el cetro del mundo intelectual. Tal vez han sido calumniados durante siglos, así por sus adversarios como por sus admiradores; pero de todas suertes, es lo cierto que se ha imputado al uno la concepción de las ideas absolutas como recuerdo de una vida anterior, que no necesita para despertarse en el alma del estímulo de la percepción externa; y al otro, la célebre máxima *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*; máxima que desenvuelta por Condillac, produjo la absurda hipótesis del hombre estatua. A mi juicio, Aristóteles no hizo más que protestar con demasiada viveza contra la exageración de la teoría de las *ideas innatas*, esiano muy lejos de caer en un sensualismo tan grosero como impropio de su vastísima inteligencia.

Sea de esto lo que quiera, pertenece a santo Tomás y a Leibnitz la gloria de haber dado un gran paso en el camino de la verdad, conciliando ambas tendencias. El último empleó con este fin una fórmula tan breve como feliz. Aristóteles había dicho: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*; y Leibnitz aceptándolo, añadió *nisi ipse intellectus*. Hay, en efecto, en el fondo del alma humana una porción de ideas, sin las cuales no serían comprensibles los fenómenos. Todo efecto supone una causa; hé aquí una idea absoluta, necesaria, revelación exclusiva de la inteligencia; la sensación no puede darnos más que la idea de lo relativo, de lo contingente, de lo finito, de una sucesión de accidentes, de la simultaneidad de los fenómenos; no os dará nunca la idea de lo absoluto, de lo necesario, de lo infinito; la idea de sustancia, de causa, de eternidad. Verdad es que estas ideas no se despiertan en nuestro ánimo sino con ocasión de la sensación, que es el estímulo que necesita el entendimiento para desplegar su energía íntima, pero al cabo son ideas nacidas de las formas mismas de la inteligencia, según la frase aceptada por la moderna filosofía, ideas de inspiración, de instinto, de intuición, de sugestión natural, y en suma, leyes de la razón.

La fórmula de Leibnitz no es, sin embargo, la última palabra de la ciencia; aceptándola, y admitiendo el profundo análisis que hizo Kant de las leyes del entendimiento, surge al punto una duda grave, un problema pavoroso, el más difícil, sin duda, para la razón humana. Yo tengo la idea del deber, como tengo la idea de causa y la de lo infinito, la del mundo exterior y la de Dios; esto para mí es evidente. Yo puedo dudar menos de mis ideas que de mi propia existencia, porque mis ideas, mis voliciones y mis sentimientos son las tres únicas formas en que se me manifiesta mi propio ser en las profundidades de mi conciencia. Pero estas ideas que aparecen en el yo, ¿tienen existencia real fuera del sujeto que las concibe, ó son simples evoluciones de ese mismo yo, sombras que se proyectan en la conciencia, vanos sueños de ese poder misterioso, casi divino, que sentimos dentro de nosotros mismos y que entretiene sus ocios, poniendo en escena para nuestro propio recreo grandes y magníficos espectáculos, haciéndonos oír en ocasiones las suaves melodías y dulcísimos acordes de Mozart, de Donizetti ó de Bellini, ó los armoniosos versos de Homero, de Virgilio y del Dante, y desplegando otras veces a nuestra vista, como en las galerías de un inmenso cosmorama, ya el Apolo de Belvedere y las vírgenes de Rafael y de Murillo, ya los prodigios que ha realizado la industria por medio de la electricidad y del vapor, ya, en fin, las ricas galas que la naturaleza ostenta en la grandiosa armonía del universo?

Hé nos aquí, señores, enfrente del idealismo subjetivo que tanto ha agitado al mundo filosófico moderno. El genio poderoso de uno de nuestros más esclarecidos poetas dramáticos de la primera mitad del siglo XVII, del inmortal Calderón de la Barca, adivinó este sistema y le dió cuerpo en una de sus más bellas producciones. El Sigismundo de *la Vida es sueño*, es el tipo perfecto de un filósofo de esta escuela cuando exclama:

El vivir solo es soñar

El hombre que vive sueña

Lo que es hasta despertar (1).

(1) «Sueña el rey que es rey, y vive  
Con este engaño, mandando,

(1) No ignoro las discusiones ardientes que han tenido lugar, con el objeto de privar a Bacon de este título de gloria, que los partidarios de Aristóteles quieren dar a su maestro; pero aunque se niegue al primero el mérito de la invención, no se le privará jamás del de su perfeccionamiento y aplicación.

No vayais á creer que tengo en poco á esta escuela. ¡Libreme Dios de caer en tal ligereza! Me apresuro á reconocer la profundidad científica del escepticismo de Hume, del idealismo subjetivo de Fichte, y aun del nihilismo de Berkeley. Precisamente estos sistemas han nacido al calor de la filosofía de Descartes y de la de Kant, las cuales representan dos grandes progresos en la historia del espíritu humano. Pero refugiándose el uno en su propia existencia, ó sea en el yo, como en un reducto inexpugnable para el escepticismo, y analizando el otro con admirable crítica las leyes de la razón pura, dejaron ambos al descubierto el carácter subjetivo de las ideas, y dieron ocasion á otro escepticismo menos grosero, mas refinado y peligroso que el combatido por ellos con tanto acierto como fortuna. Este nuevo escepticismo tiene su raíz en la misma naturaleza: no hay procedimiento lógico que pueda demostrar racionalmente la legitimidad del tránsito del yo al no yo, del sugeto que conoce al objeto del conocimiento. Decir como Reid, que entre las leyes ó principios de la razón figura el de la creencia en la verdad de lo que la razón ve, y el de la creencia en la veracidad de la facultad de ver, no es resolver la dificultad, es confesarla. Apelar como Cousin, á la impersonalidad de la razón, es enunciar un hecho con una locucion feliz ó desgraciada, pero no es demostrarle. En el orden puramente lógico, no hay manera de probar que lo que aparece en el espíritu, es. «No hay razón que dar al que niega la razón (1);» no hay procedimiento dialéctico que pueda justificar como el espíritu humano es al mismo tiempo juez y parte: humillemos nuestra soberbia: no podemos entrar en el santuario de la ciencia, sin prosternarnos en el pórtico, y hacer un acto de fe en nuestra propia conciencia. La verdad es lo que existe, no lo que aparece; pero el espíritu no puede conocerla sino por medio de las ideas, y las ideas están en él. ¿Cuál es el lazo misterioso que une las ideas con el ser? Hé aquí el secreto de la Providencia: respetémosle; el hombre puede conocer una parte de la verdad, pero no la verdad entera: de otra suerte el hombre sería Dios. Confiemos en la verdad de las revelaciones del sentido íntimo, porque, como M. Cousin ha dicho eloquentemente, si la subjetividad de la conciencia quitara á esta toda autoridad, entonces Dios no podría, por la subjetividad de la suya, afirmar objetivamente su existencia inmutable, y Dios mismo quedaria tambien condenado al escepticismo. El instinto de la humanidad se subleva contra esta lógica impía. No hagamos traicion á nuestra propia naturaleza, por el empeño de escalar el cielo. Cultivemos la ciencia con afán, ya que el lote del hombre es el trabajo, pero sin desconocer sus límites. En el punto de partida y en el término, al pié de la montaña como en la cima, hay que decir: «creo.»

## II.

El deber existe, ó no existen Dios, el mundo exterior, ni yo mismo, toda vez que el yo, el mundo exterior y Dios, no tienen en suma para mí mas base de certidumbre que el testimonio irrecusable del sentido íntimo, la fe, no en la religion revelada, en la cual me sería imposible creer si no creyera antes en mí mismo, en Dios y en su Mesías, sino en las revelaciones de mi propia conciencia.

El deber existe: luego existe el derecho: luego existe la libertad. Libertad, derecho y deber: hé aquí tres ideas correlativas, cada una de las cuales supone necesariamente la existencia de las otras dos: son, en el orden moral, lo que los tres lados de un triángulo en el orden geométrico. Estudiando el hombre los elementos constitutivos de su ser, encuentra en el fondo de su conciencia el principio necesario del bien y del mal, ó sea la idea del deber y la del mérito y demérito. Mener es pues que tenga el derecho de emplear sus facultades y sus fuerzas en el cumplimiento de ese deber que la razón le revela, y libertad para observarle ó separarse de él. ¿Habria trazado Dios al hombre una regla de conducta, privándole al propio tiempo de la libertad de observarla y del derecho de cumplirla? Serian entonces una iniquidad el remordimiento y la expiación. No se imponen deberes á un autómatas. El rayo que se fragua en las nubes, borra del libro de los vivos

Disponiendo y gobernando,

Sueña el rico en su riqueza  
Que mas cuidados le ofrece,  
Sueña el pobre que padece  
Su miseria y su pobreza,  
Sueña el que á medrar empieza,  
Sueña el que afana y pretende,  
Sueña el que agravia y ofende,  
Y en el mundo, en conclusion,  
Todos sueñan lo que son,  
Aunque ninguno lo entiende.  
Yo sueño que estoy aquí  
Destas prisiones cargado,  
Y soñé que en otro estado  
Mas lisonjero me vi:  
¿Qué es la vida? un frenesí:  
¿Qué es la vida? una ilusión,  
Una sombra, una ficción,  
Y el mayor bien es pequeño;  
Que toda la vida es sueño,  
Y los sueños, sueños son.»

(1) Bénard.

á un hombre en cuya cabeza bullia tal vez el genio de Newton. ¡Qué desgracia tan lamentable! Nadie, sin embargo, le acusa ni siente contra él la menor indignación; ¿por qué? Porque ha sido causa inconsciente y puramente mecánica, porque no es libre en su accion, porque obedece á leyes fatales y necesarias de la naturaleza física, porque es un simple efecto de las combinaciones de la electricidad.

Me apresuro, señores, á hacer una declaracion. Algunos de vosotros podiais creer que comprometo gravemente la libertad dándola por único fundamento un raciocinio. Es cierto. La libertad tiene una base mas segura en el sentido íntimo, que nos la revela sin el auxilio de la lógica. Se ha criticado á Descartes la fórmula silogística que empleó para demostrar la existencia; y sin examinar ahora, por no necesitarlo para mi propósito, si ha sido bien ó mal entendido por sus censores, la verdad es, que como argumento, el yo pienso, luego existe, es completamente inútil, porque al decir yo, en el mismo comienzo de la frase afirmo mi existencia, sin necesidad de deducirla de mi pensamiento. Otro tanto puede afirmarse de la libertad; es una idea primitiva, una intuicion, una revelacion inmediata del sentido íntimo; antes que una idea es un sentimiento; así es, que no hay nada mas universal que la creencia en la libertad. ¿Puedo yo dudar de que en este instante soy libre de mover ó no mi mano? Y aunque el brazo no me obedeciera, ¿quién tiene poder para estorbar mi resolucion interior de moverle, mientras no pierda la voluntad por la muerte ó la demencia? Libres eran los apóstoles del cristianismo, ocultos en sus catacumbas para sustraerse á la persecucion de los Césares; libres los mártires de nuestra santa religion al penetrar en el circo para ser desgarrados por las fieras; libre es el reo político que sube impávido las gradas del cadalso, prefiriendo una muerte honrosa á la infamia de delatar á sus cómplices: no hay testimonio mas elocuente de la libertad humana que la brutal invencion del tormento para arrancar la confesion al acusado. Existo: hé aquí la contestacion que hay que dar al escéptico. Soy libre: hé aquí la respuesta que hay que dar al fatalista.

(Se continuará.)

## Viaje de S. M. la emperatriz Eugenia.

Venecia 7 de octubre.

Aunque el *incógnito* debía absolutamente ocultarnos la estancia de la emperatriz en Venecia, puede decirse que esta visita ha puesto en movimiento á todo el pueblo veneciano. Hemos tenido menos discursos y menos ceremonias oficiales de lo que se acostumbra en tales casos; pero en cambio el entusiasmo público para festejar á la emperatriz, ha sido mas vivo y espontáneo.

Sin embargo, el rey Victor Manuel quiso hacer en persona los honores de la reina del Adriático á la esposa de su aliado el emperador de los franceses, y la entrevista de los dos augustos personajes se ha hecho notar por los testimonios de la mas franca cordialidad.

Sabido es que la emperatriz ha querido rendir un homenaje en Magenta á los héroes que pagaron con su vida la hermosa causa de la independencia de Italia. «Esta visita, dijo la emperatriz al salir de la capilla, será uno de los recuerdos mas preciosos de mi viaje.»

La emperatriz llegó á Venecia el 2 y salió el 7. Su Majestad, acompañada del señor Nigra, fué recibida por el príncipe Giovanelli, síndico de la ciudad, é inmediatamente pasó al yacht imperial que la esperaba cerca del palacio ducal.

Pero esta ausencia de representacion oficial permitió al pueblo, segun antes decia, dar á conocer mejor á la emperatriz el poético y animado aspecto de las fiestas venecianas. Los conciertos del pueblo fueron muy notables. En una de esas grandes serenatas, dos barcas inmensas estaban delante del yacht imperial, rodeado de miles de góndolas iluminadas. El concierto comenzó con el coro de *Ernani*. Era un bellissimo espectáculo.

El palacio ducal, la Piazzeta y el Palacio real estaban iluminados *á giorno*, y en medio de esta decoracion única en el mundo, habia una música deliciosa. Estas serenatas debieron hacer comprender á la emperatriz cuán merecida es la reputacion de que disfrutan las fiestas de Venecia.

M. D. D.

## Sucesos de España.

ASESINATO DEL GOBERNADOR INTERINO DE TARRAGONA. — TOMA DEL CONVENTO DE CAPUCHINOS EN BARCELONA.

El 19 de setiembre á las cuatro y media de la tarde, hora en que llega á Tarragona el tren de Valencia, se hallaba reunida en la estacion una numerosa muchedumbre, acompañada de músicas y pendones, que estaba aguardando al general Pierrad, á quien algunas personas habian ido á ver á Tortosa, donde se hallaba con los del pacto federal, y á suplicarle que visitase nuestra ciudad.

Llegó el general y, en triunfo, entre vítores y gritos de júbilo, fué llevado á una carretela que se le tenia

preparada: las músicas rompieron tocando aires patrióticos, ondearon los pendones y uno de ellos lo traian en dicho carruaje, leyéndose en él varios lemas, y entre estos el de «viva la república.» El gentío, que era muy numeroso, echó á andar por la calle que desde la estacion conduce mas inmediatamente á la de Apodaca, que es la principal que une la parte alta con la parte baja de la ciudad.

Entre tanto, en direccion opuesta á la del acompañamiento del general Pierrad, bajaba el secretario del gobernador civil de la provincia, don Raimundo de los Reyes García (que por hallarse este ausente desde el dia anterior, representaba á dicha autoridad), acompañado del inspector de vigilancia y de algunos salvaguardias. En la plaza de Capuchinos aquel funcionario se adelantó á algunos que llevaban pendones, intimándoles que retiraran ciertos lemas. Dícese que recibió varios empujones y golpes; se añade que llevaba en la mano un revolver (aunque otros lo niegan), que ocultó luego, y que al verse amenazado y en peligro serio, pudo acercarse al carruaje en que iba el general, para darse á conocer y pedir á este ejerciera su influencia para restablecer el orden y hacer que se respetara la autoridad, pero en aquel momento recibió otros golpes y varias cuchilladas, cayendo gravemente herido. Sus dependientes desaparecieron como por encanto, y el general y su comitiva siguieron hácia la parte alta de la poblacion.

Pronto cundió la nueva del atentado, hubo carreras, grande alarma en toda la ciudad, cerráronse tiendas, almacenes, casi todas las puertas, y solo alguno que otro grupo de curiosos, llenos de sobresalto, se veia por las esquinas y sitios públicos, mientras otras personas en los balcones trataban de averiguar lo acontecido.

El secretario cayó cubierto de sangre á pocos pasos de una taberna que hay en la citada plaza; allí le introdujeron algunas personas al parecer para que fuese socorrido; él por su parte pedia tambien auxilio, entre gritos de «perdon» y de que le dieran «agua por amor de Dios;» se acudió en busca de un médico; pero horror da decirlo, nadie le socorria, y cuentan que algunos desalmados se oponian á que se le auxiliase, maltratándole de palabra y luego de obra, pues parece que contra él rompieron muebles, botellas y vasos de la taberna.

Hacia ya rato que el desventurado secretario se encontraba en tan espantosa situacion, cuando algun amigo suyo, acompañado de otras personas, se presentó con un carruaje para recogerlo en él; mas no pudo conseguirlo en vista de las amenazas y de la actitud hostil de algunos que rodeaban al infeliz herido, y tuvo que retirarse mas que de prisa, temiendo por sí y por los que le acompañaban en empresa tan humanitaria.

Con el mismo objeto presentóse luego el alcalde de barrio con otra tartana y, acosado por la multitud, tuvo que marcharse sin poder cumplir sus humanitarios deseos.

Ninguna autoridad, ninguna fuerza armada se acercó á la taberna durante tres cuartos de hora, y en este espacio de tiempo el infeliz secretario fué despojado de su levita, chaleco y sombrero, quedando en mangas de camisa, la cual estaba completamente roja de sangre; en esto le ataron una cuerda en el pié derecho, de ella tiraron algunos desenfundados, sacándole así de la taberna á la plaza, arrasrándole por toda la larga calle de Apodaca y recibiendo durante el camino golpes, pedradas y patadas, sobre todo en la cabeza, de parte de algunos que le seguian, y que le maltrataban así cada vez que hacia algun movimiento con los brazos y la pierna que tenia libre. Todo el mundo huia por no ver aquel horrible espectáculo; todos los grupos de curiosos se apartaban y disolvianse; el terror se habia apoderado de los ánimos; el silencio era grave é imponente: ni un grito de reprobacion contra aquel atentado, ni un impulso de vigor para detenerlo. Los que tiraban de la cuerda eran una porcion de chicos, algunos ya muy adultos.

Así atravesaron la plaza del muelle (tenian intento de echarlo al mar) ya entraron en el muelle, pero allí unos pocos carabineros les detuvieron y les fué preciso preparar las armas para arrancarles la víctima.

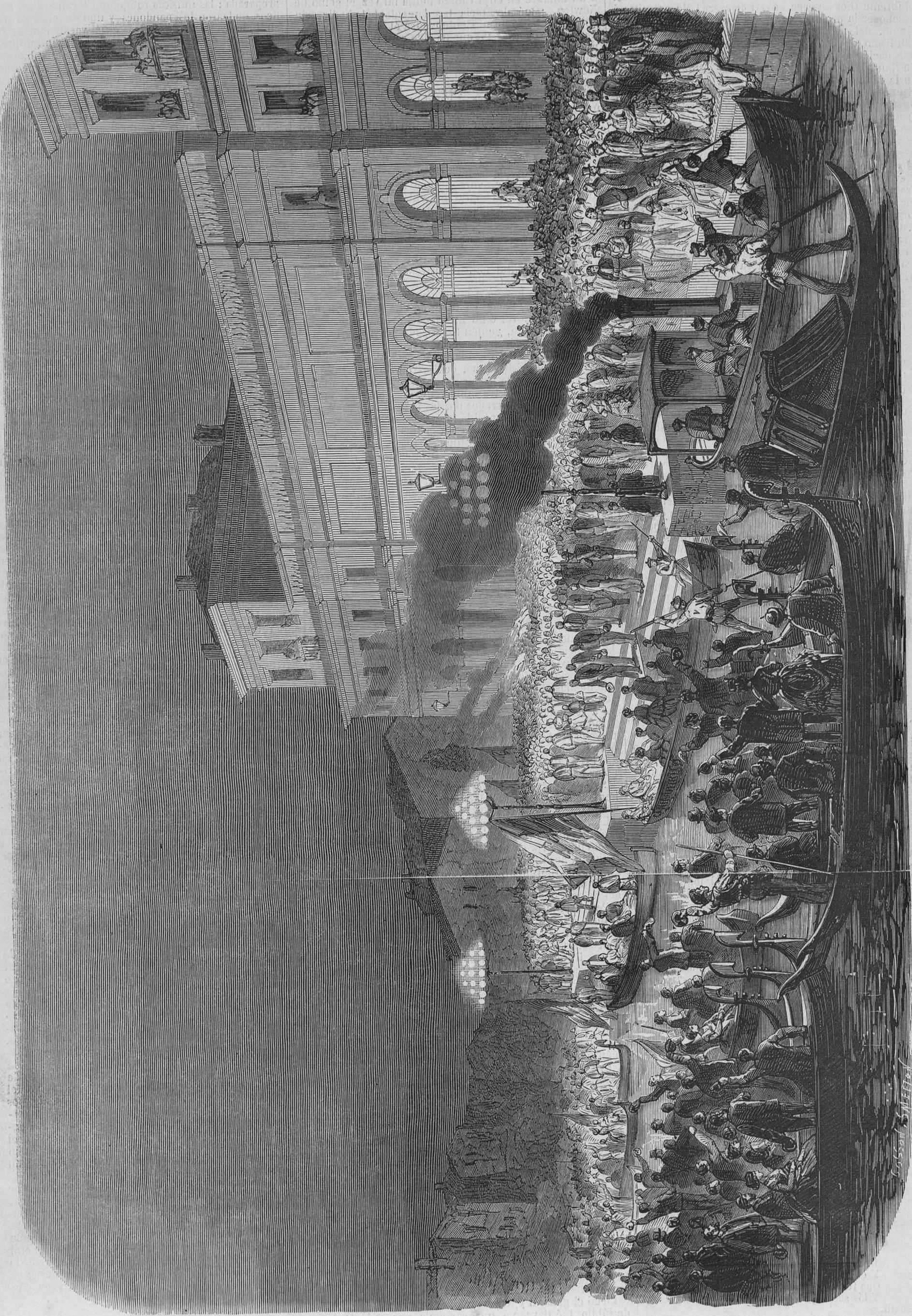
Rodeado por los carabineros y por alguno que otro curioso, el secretario se incorporó en el suelo, los cabellos erizados y enteramente rojos de sangre que le manaba por cien heridas de la cabeza, tan desfigurado, que era imposible reconocerle, hizo un estremecimiento y volvió á caer, esta vez muerto.

Habia llegado la noche, y hacia como un cuarto de hora que el secretario yacia cadáver en el polvo del muelle, cuando se presentaron en aquel sitio algunos guardias civiles, y poco despues alguna tropa. Mas tarde llegó de Barcelona el gobernador civil, que se encontró con esta nueva; el juez procedió á levantar el cadáver y á lo demás de su cargo; toda la noche hubo retenes y rondas de tropa, que tambien continuaron durante la mayor parte del dia y noche siguientes.

Este criminal atentado obligó á la autoridad superior á ordenar el desarme de los voluntarios de Tarragona, contra el cual protestaron los de Barcelona, levantándose en armas contra el gobierno.

Nuestro segundo dibujo de la página 293 representa la toma del convento de Capuchinos, cuartel general de los republicanos, por las tropas. La mayor parte de los insurrectos cayeron prisioneros. A Dios gracias, en esta ocasion no ha habido que deplorar una gran efusion de sangre.

R.



VENEZIA. — Llegada de la emperatriz Eugenia en la noche del 2 de octubre.

que  
asi l  
cho,  
dign  
Lo  
Gar  
escr  
En  
de M  
repr  
se r  
tono  
Aug  
cios

Pa

que hacen feliz á su esposa. La carta no era para ella, y así lo atestigua madama de Ayrolles que, como hemos dicho, desdeña profundamente á su perseguidor, el cual no es digno de otro castigo que el desprecio.

Los actores del Teatro Francés, Mlle Dubois, Mlle Riquer, Garraud y Coquelin desempeñan á la perfeccion esta obrita escrita con gracia y ligereza.

En el mismo teatro, y antes quizás que la nueva pieza de M. Emilio Augier, se dará *Dalila*, de Octavio Feuillet, representada hace años en el Vaudeville con un éxito que se recuerda todavía. Lafontaine hará el papel que creó entonces, y madama Favart tomará á su cargo el de *Dalila*. Auguramos una buena serie de representaciones á esta preciosa obra del repertorio moderno.

MARIANO URRABIETA.

**Poesías.**

(A MADAMA E. CHAUMONT.)

**EL CREPÚSCULO.**

I.

Huye el dia,  
Ya mitiga la luz sus reflejos,  
Y á lo lejos  
Tras los montes escóndese el sol;  
Y sombría  
Ya la tarde cayendo va triste,  
Y reviste  
Tinta opaca su dulce arrebol.

Ya el ganado  
Deja el prado  
Y al aprisco  
Los pastores cantando se van,  
Y en la torre  
Solitaria  
La plegaria  
Vespertina los címbalos dan.

II.

Es la hora  
Dulce, santa, solemne, tranquila,  
Que destila  
Poesía, misterio, ilusion.  
Quizá mora  
Melancólico un genio en su calma.  
Que nuestra alma  
Vibrar hace con mágico son.

Y se siente  
Por la mente,  
Entre nubes  
De fantasmas vagar un tropel;  
Y la inquieta  
Fantasía  
Del poeta  
Cruza en vano las sombras tras él.

A. CARRALON DE LARRUA.

Paris 17 de octubre de 1869.

**ACHORÓZ.**

(TRADICION VASCONGADA.)

I.

Segun los historiadores  
En cuyas manos cayó,  
De la sierra de Zaraya  
Algun viejo cronicon,  
En el punto en que una ermita  
La montaña ocupa hoy,  
Situado estuvo otro tiempo  
El castillo de Achoróz;  
Que era altiva fortaleza,  
Cuyo opulento señor  
Dicese que se llamaba  
Gomez Gonzalez Butron.  
Tenia Gomez Gonzalez  
Una niña como un sol,

Con el romántico nombre  
Conocida de Leonor,  
Segun refiere la historia  
O cuenta la tradicion.  
Diz que un dia al buen Gonzalez  
Un page se presentó  
Trayendo en un pergamino  
Noticias de alto valor,  
Y que al viejo castellano  
Vino á hacerle relacion  
De las victorias que al moro  
Un deudo suyo ganó.  
En su bélico entusiasmo  
Y con patriótico ardor  
En movimiento al castillo  
Puso sin mas dilacion,  
Y cuando apenas la aurora  
Lucia el limpio arrebol,  
Por medio de sus doncellas  
Hizo llamar á Leonor,  
Y con ella en su aposento  
Esta plática entabló:  
— Guárdete el cielo, hija mia.  
— Él os dé su proteccion.  
— Nuevas de importancia un page  
Viene trayéndonos hoy.  
— Mi parabien mas cumplido  
Recibid por ella vos.  
— Contra la infiel media luna  
Con denodado valor  
Mi sobrino don Alfonso  
Ha luchado, vive Dios,  
Y un título ha conseguido  
En los campos del honor.  
— Lo celebro, padre mio.  
— ¡ Por San Valerio! tu voz  
No interpreta el entusiasmo  
Cual debiera.

— A fe que no,  
Para admirar á los héroes  
Siempre repetís, señor,  
Que es preciso...  
— Sí, hija mia,  
Haber nacido varon.  
— Además, Don Juan Segundo  
Nuestro rey, que guarde Dios,  
A la torre de Zalquivar  
Muestra marcada aversion,  
Puesto que hace pocos dias  
Su exterminio decretó.  
Si albergara servidores  
De nuestro rey y señor,  
Su castillo inexpugnable  
No perdiera Mondragon,  
Ni mandara destruirlo  
Don Juan.

— Cierto; pero yo  
No alcanzo cuanto oportuna  
Puede ser tu relacion.  
— Tras de exacta consecuencia  
Caminaremos los dos.  
Si vuestro sobrino fuera  
Del rey firme servidor,  
En la torre de Zalquivar  
No tendria habitacion.  
— Ese del bando oñacino  
Es infundado temor.  
Pero, vamos, hija mia,  
Otra noticia te doy  
Que no tan indiferente  
Has de escuchar.

— Vaya en pos.  
— Sabe que tu primo Alfonso  
Su título y su blason,  
Coloca á tus piés, y viene  
A hacerte marquesa.  
— ¡ Oh, no!  
No, padre mio; agradezco  
Con todo mi corazon  
Que en mí haya puesto sus ojos,  
Pero renunció á su amor.  
Las altas prendas que adornan  
A mi primo, creo yo  
No despreciará otra dama  
Mas digna.

— ¡ Voto á brios!  
¿ Con que rechazas su oferta?  
¡ Absorto oyéndote estoy!  
Un jóven que á tí se rinde  
Y del moro es vencedor;

¿ A quién no le hace orgullosa  
Tan distinguido español?  
¿ Habrá niña á tus oidos  
Quien lance frases de amor?  
¿ Qué bardo en las cercanías  
Te ofrece su inspiracion?  
— ¿ Os olvidais, padre mio,  
De quien la vida os salvó,  
Cuando don Pedro Guevara  
Puso sitio á Mondragon  
Y vino el incendio horrible  
Que Avendaño secundó?  
Pudo al reconocimiento  
Sustituir el amor,  
Porque ya sabeis que nadie  
Mandar puede al corazon.  
— ¡ Insensata! ¿ Acaso ignoras  
Que tambien le ofrecí yo  
Cuanto hacerle falta pueda  
Y obligado á mas no estoy?  
Y la altiva castellana  
Hija de Gomez Butron,  
¿ Olvida que era el mancebo  
Pariente de un labrador?  
— Ved que no se ha presentado  
Por lo que se le ofreció.  
— Le haré poderoso...

— Sea.  
— Y partirá...  
— Sí, por Dios.  
— Donde no le veas...  
— Bueno.  
— Y le olvides.  
— Eso no,  
Que es pedir un imposible,  
Padre mio.  
— ¡ Hija!

— ¡ Perdon!  
Mesándose los cabellos  
Y abismado en su dolor  
En un sillón de vaqueta  
Gomez Gonzalez cayó;  
De hinojos ante el anciano  
Postróse doña Leonor,  
Y un imponente silencio  
Al diálogo sucedió,  
Quedándose padre é hija  
Tan mudos como el sillón.

OBDULIO DE PEREA.

(Se continuará.)

**El palacio de Ismailia.**

Por orden del virey se ha elevado en Ismailia un palacio para hacer á la emperatriz una acogida digna de la Francia. Esta construccion oriental, cuyo aspecto ofrecemos á nuestros lectores en uno de nuestros dibujos, se halla situada en la misma ciudad de Ismailia, tiene vistas al lago Timsah y en el horizonte se descubren los montes de Ginetti y del Attaka á cuya falda está Suez.

El sitio reservado para los jardines y dependencias es de cuatro ó cinco hectáreas.

El edificio propiamente dicho, que tiene sobre 72 metros de fachada con 25 de profundidad, se compone de un piso bajo sobre un basamento de 1 metro 50, y de un piso principal.

Delante del pabellon central hay una galería de cristales semicircular, guarnecida de divanes al rededor, y que reemplaza con proporciones mas grandiosas los balcones ó terrades de aquellos países.

Los cimientos del palacio se pusieron en 22 de mayo y los empresarios le han de entregar concluido para las fiestas de la inauguracion del canal, ó sea el 16 de noviembre lo mas tarde.

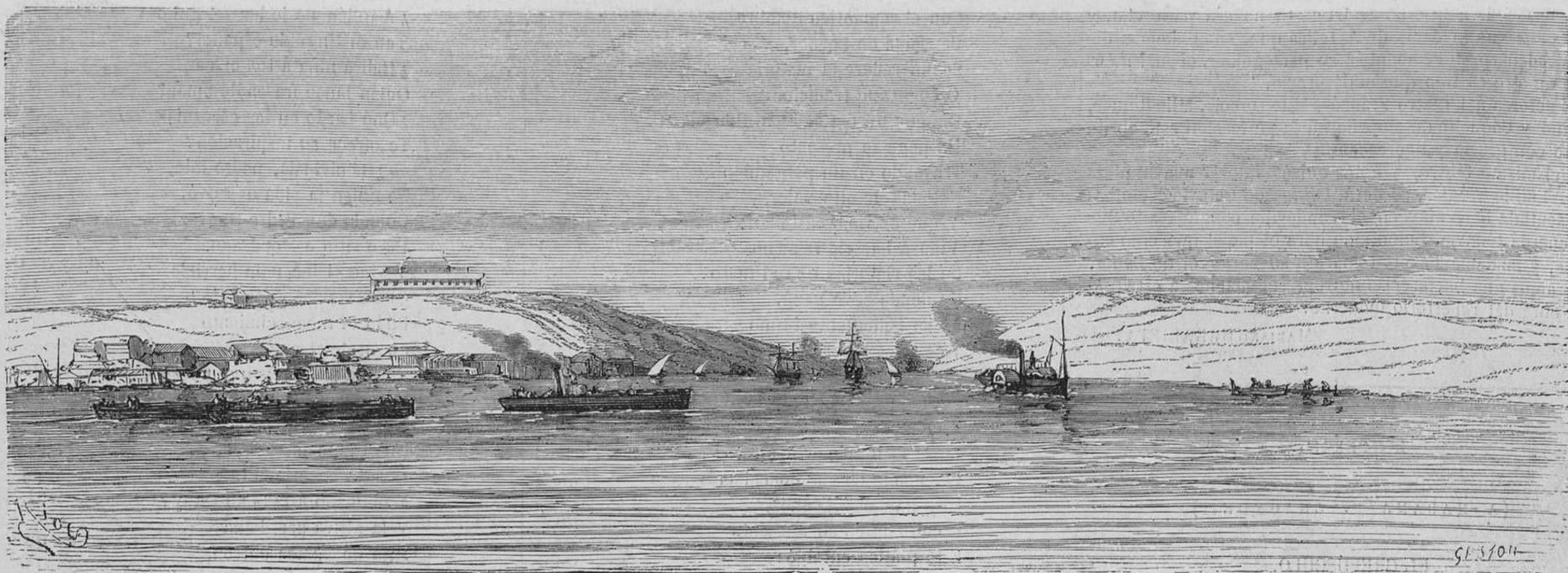
D. M.

**ITINERARIO EN SUEZ Y EN EL BAJO EGIPTO.**

La obra gigantesca está concluida y convida al mundo entero para que asista á la victoria de la voluntad, del trabajo y la fe.

¿ Qué atractivos no ofrece esa tierra de los Faraones, de la cual hablan todavía las grandiosas ruinas de un canal que apenas dista algunos centenares de metros del nuevo canal marítimo!

VENECIA. — Llegada de la emperatriz Eugenia en la noche del 2 de octubre.



Canal marítimo de Suez. — Entrada del canal marítimo en el lago Timsah: vista tomada del lago.  
 Casa del virey. Entrada del canal marítimo.

Taller N° 6.

Orilla asiática.

De Puerto-Said, despues de haber atravesado los lagos Menzaleh y Ballah, se llega á Ismailia para asistir al segundo día de las fiestas; luego se ven las márgenes del lago Timsah y el lugar en donde se detuvo el pueblo de Dios á su salida de Egipto.

¡Qué espectáculo en Suez! ¡Cuán solemne será el encuentro de las flotas europeas con los numerosos buques procedentes de las Indias y del Pacífico, en tanto que mil piezas de artillería harán el saludo internacional que se darán los dos mundos! ¡Y todo eso en el mismo sitio donde hace pocos años reinaba la soledad y el silencio!

De Suez se irá hácia las *Fuentes de Moisés*, despues de haber reconocido al paso la sierra bíblica de Gessen y el sitio en donde se detuvo la Santa Familia en su huida á Egipto.

Por fin se llegará al Cairo que deslumbrará al viajero con sus esplendores orientales, á los que se han reunido todos los refinamientos de la civilizacion europea.

Figúrese el lector una caravana compuesta de todos los medios de transporte, desde el camello ricamente enjaezado, con sus conductores árabes, hasta el asno biblico

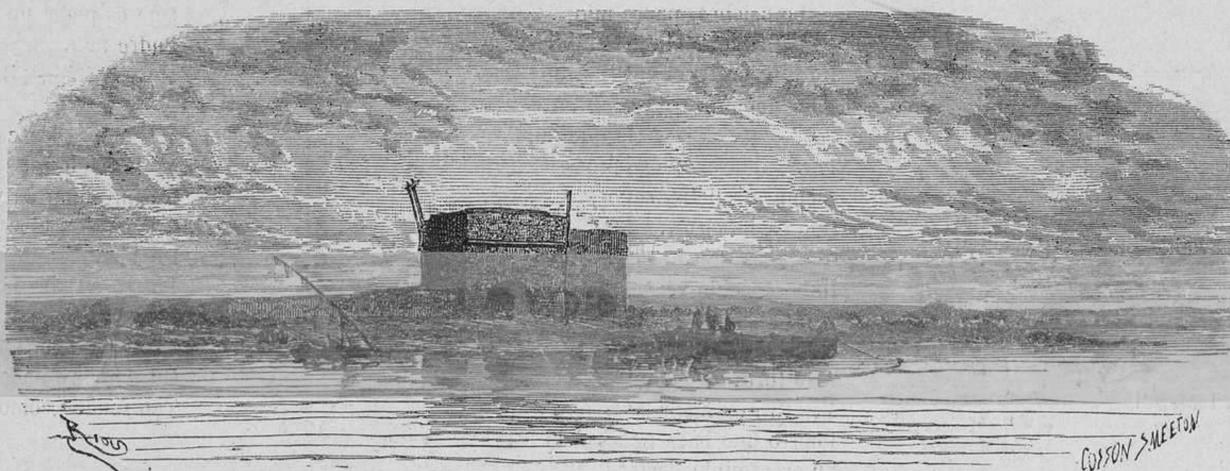
y la pesada carreta montada sobre anchas ruedas y con tiro de dromedarios, subiendo y atravesando el Nilo, y luego instalando sus tiendas al pié de la gran pirámide de Cheops. Figurémonos allí una comida servida por los Hermanos Provenzales, el gran restaurant de Paris,

Acaba de formarse una compañía para ofrecer á sus suscritores la realizacion de esa pintoresca excursion, con arreglo al itinerario que publicamos. J. P.

**El istmo de Suez.**

(Continuacion.)

Entrada del canal marítimo en el lago Timsah. — Horno de cal en la planicie de las Hienas. — Casa del virey.

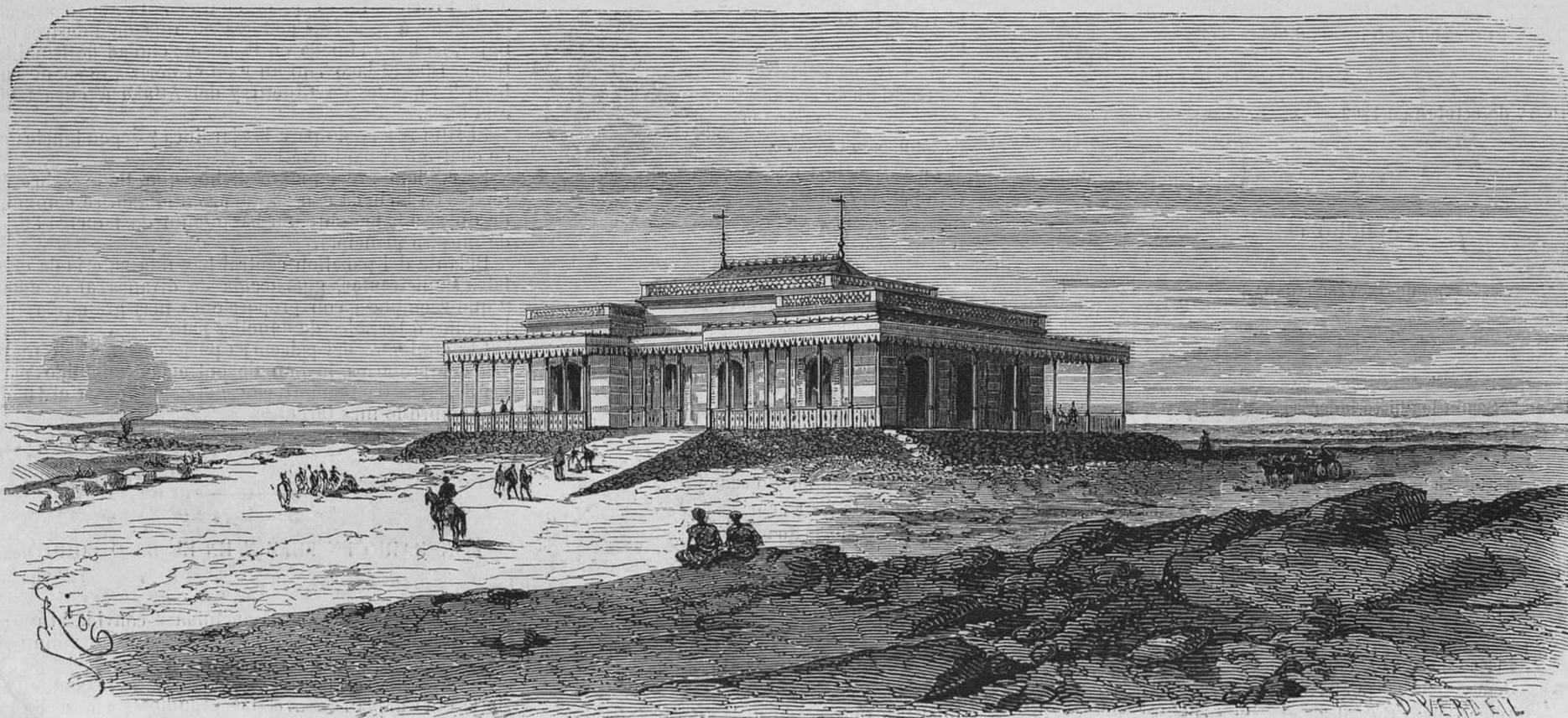


Horno de cal en la planicie de las Hienas.

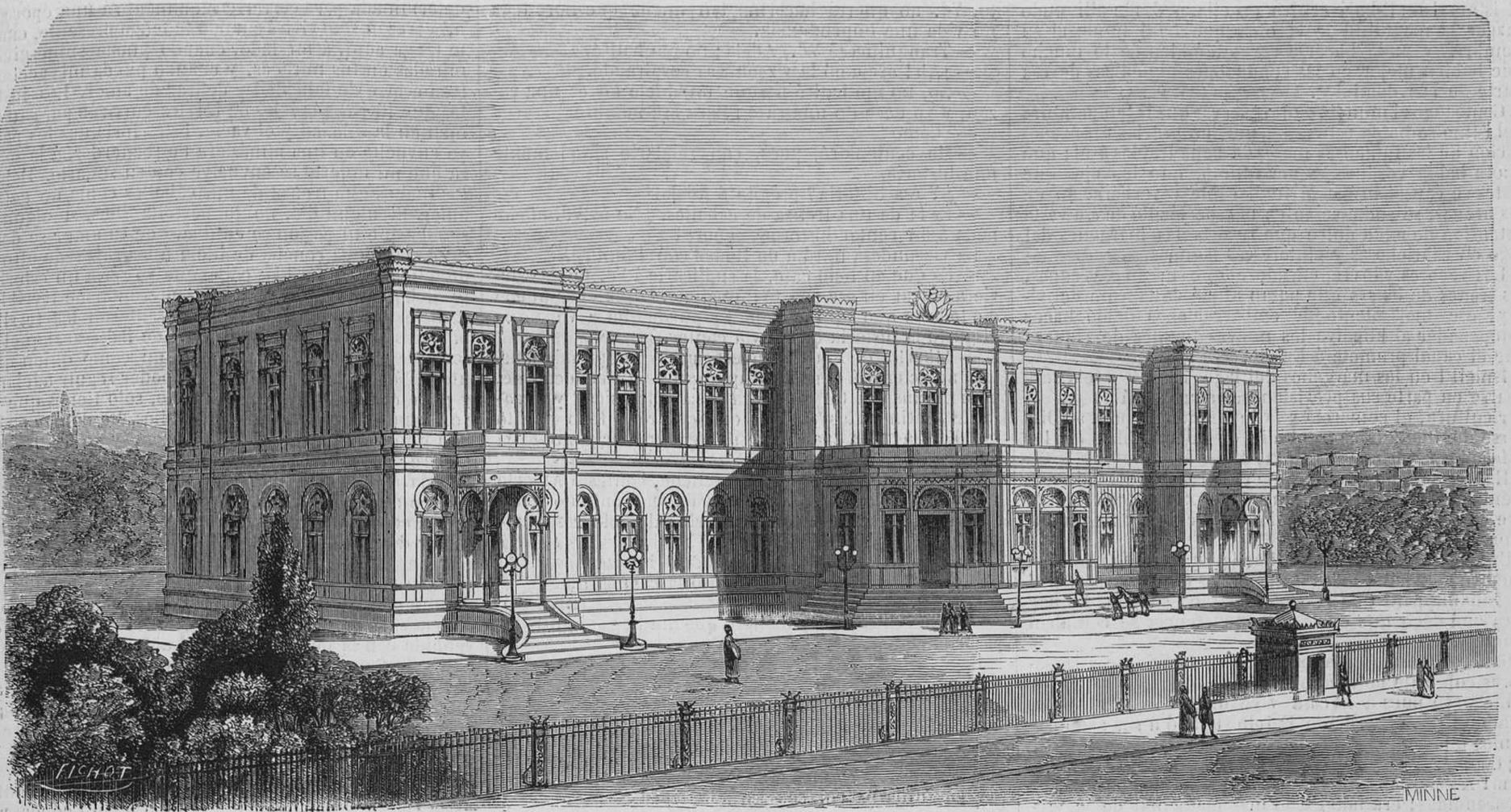
Una vez en el lago Timsah, detengámonos un instante á considerar el paisaje que dejamos detrás de nosotros.

Encajonada entre dos colinas de color pardo, la zanja por la cual el canal marítimo desagua en el lago, separa dos continentes. A la derecha el Asia, á la izquierda el Africa. Por un lado el Sinai y por el otro el Nilo.

Una sábana de agua azul representa la frontera. Esas dos tierras eran ayer una sola, hoy el canal se interpone entre ellas y forma su límite bien distinto. Pero no se ha abierto ese limite para desunirlas, muy al contrario.



La casa del virey.

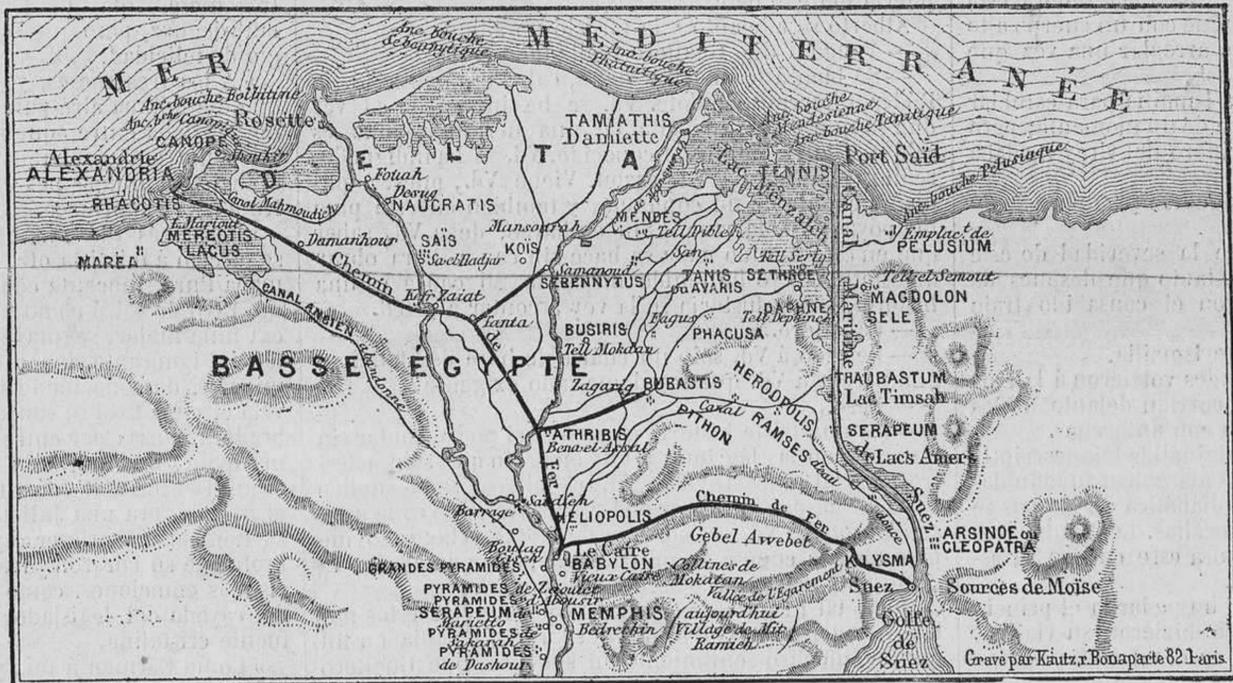


Canal de Suez. — Egipto: Palacio del virey en Ismailia.

El canal de Suez está llamado á difundir sus beneficios en una y otra orilla, es un lazo civilizador y no una obra de desconfianza.

En la parte asiática hay una antigua construcción que no es otra cosa sino el antiquísimo horno de cal de la planicie de las Hienas, cuya posición señalamos en el panorama del lago Imsah.

Su situación á orillas del lago le da cierta importancia en el paisaje. Así es que cuando á la salida del sol sus murallas se perfilan en el horizonte, se creería ver una fortaleza colocada allí para defender las inmediaciones del desierto. El cuerpo principal tiene el aspecto de un torreón feudal.



Itinerario del viaje á Suez y al bajo Egipto.

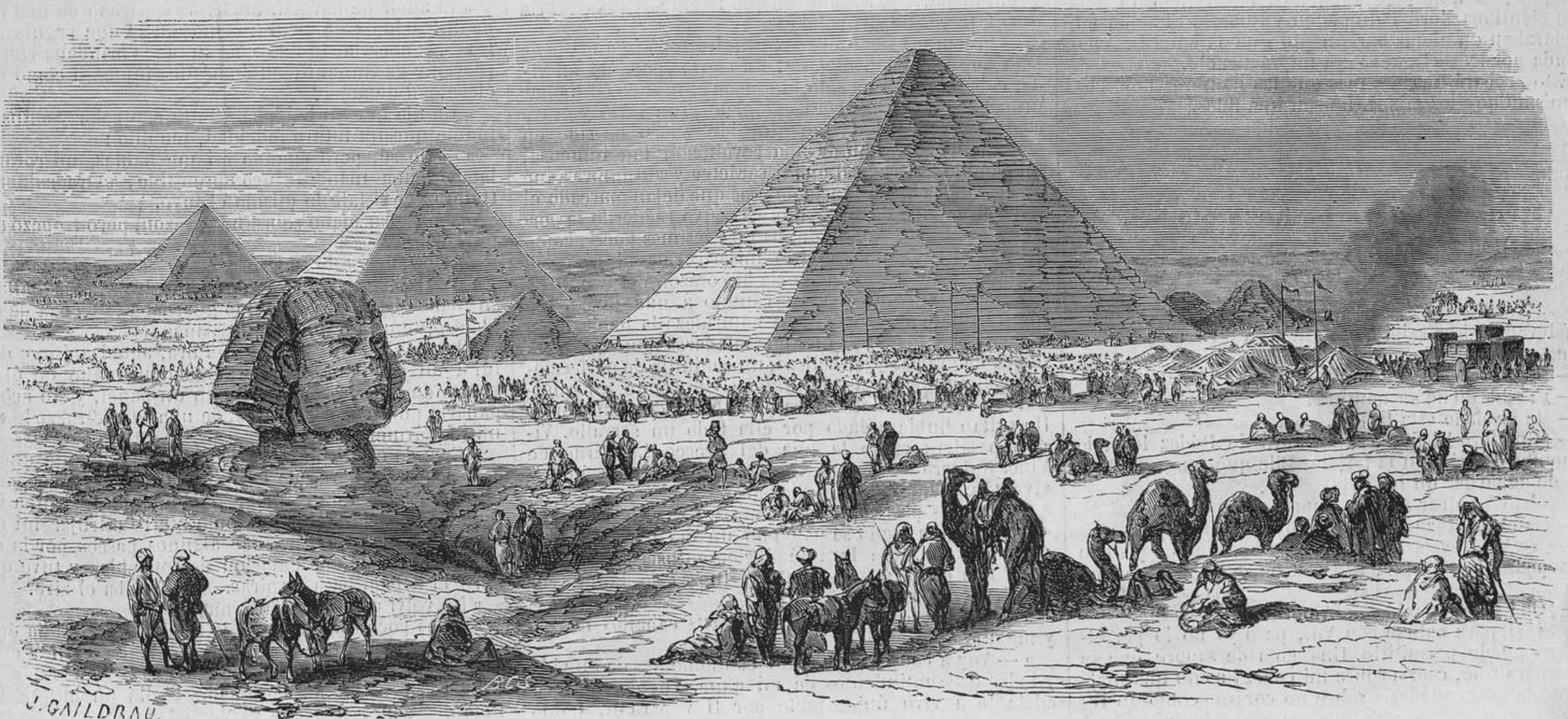
La realidad quiere, sin embargo, que esta fortaleza no sea mas que un horno de cal abandonado; pero cuyos servicios no están olvidados. Ahora descansa de sus útiles faenas en medio de los tamariscos que le rodean, y se consuela del olvido en que le tienen, contemplando su ennegrecida silueta en las aguas azules del lago.

En la orilla africana lo que domina es la casa del virey Ismail I.

A su pié están las baracas del taller N° 6; el trabajo bajo la protección de la soberanía.

Esta casa, de una arquitectura tan ligera, ha sido poco habitada, y sin embargo, tiene ya su historia.

Cuando hizo su viaje



Alto de la caravana al pié de la gran pirámide de Cheops. — Comida servida por los Hermanos Provenzales.

al istmo Ismail-bajá estuvo en ella, y desde allí pudo juzgar la magnitud de la obra que hará inmortal su nombre, y pudo hacerse cargo también de lo mucho que habían mejorado las condiciones higiénicas de esa parte de sus dominios.

Como todo el mundo, pudo observar que la temperatura del istmo se había refrescado mucho, gracias á la evaporación de las inmensas masas de agua traídas á él; que ahora había verdura, y por último, que los ojos que antes se cansaban por la implacable reverberación de las arenas, se complacían en el espectáculo de esa vasta extensión de agua dulce que recorta las márgenes del lago en caprichosas y pintoescas lagunas.

Los vapores y los remolcadores que surcan esas aguas, los trenes de balsas que pasan al pié de la casa del virey, ese movimiento de embarcaciones debió hacer comprender al khedive las nuevas fuentes de riqueza que el canal promete á Egipto.

Ismail I en las márgenes del lago Timsah «veía realizarse en parte sus previsiones y marchar á la par la agricultura, el comercio y la industria del país.» (Discurso de inauguración, el día de la asamblea de los delegados egipcios.)

Habríase dicho que durante aquel viaje se había aumentado la afabilidad ordinaria de Su Alteza. Así es que en su casa hubo recepciones oficiales y fiestas íntimas.

Una vez que volvía de visitar la ciudad del istmo, el khedive convidó á todas las personas de la alta sociedad de Ismailia para que le acompañaran á su casa. No hay para qué decir que entre la concurrencia se contaban muchas señoras.

Salieron pues á caballo, los hombres de frac y las señoras con traje de amazona.

Llegaron pues á la casa y se disponían á volverse, cuando S. A. el virey de Egipto suplicó á sus acompañantes que se quedaran á comer.

¡Comer en casa del virey de Egipto con traje de amazona! A este pensamiento todas las señoras se quedan sorprendidas; era faltar á lo más elemental de la etiqueta, era un escándalo de que se hablaría en el mundo.

A decir verdad, en estos escrúpulos entraba por mucho la coquetería. No hay duda que toda señora está mucho mejor en traje de soirée que con un cuerpo alto y una falda que no se sabe cómo arreglar una vez que se ha dejado el caballo.

Las Amazonas querían volver á Ismailia para cambiar de traje, lo que decían sería obra de un momento; pero la comida estaba puesta y el cocinero del virey no daba espera.

No hubo más remedio que resignarse y tomar asiento con traje de amazona.

Y lo cierto es que no obstante la severidad de este traje, la comida fué muy alegre, tanto que después de comer bailaron... bailaron, sí, con el consabido traje de amazona.

Aun se habla de aquel baile en Ismailia.

Concluida la fiesta, los convidados volvieron á la ciudad precedidos por los *sais*, que corrian delante de los caballos y alumbraban el camino con antorchas.

Era un espectáculo de una originalidad indescriptible: las sombras de los jinetes se alargaban indefinidamente en la arena, y la silueta diabólica de los *sais* se destacaba sobre la luz de las antorchas. Los cantos, los gritos y la alegría de todos daban á este cuadro el aspecto más extraño.

En esa misma casa del virey se hospedaron el príncipe y la princesa de Gales cuando hicieron su viaje al istmo, y hubo un gran banquete en el cual el príncipe de Gales brindó por M. de Lesseps y por la prosperidad del canal de Suez.

Aquel día se estaba ya bien lejos de la hora en que dos grandes autoridades inglesas, la una política y la otra científica, lord Palmerston y Roberto Stephenson, declaraban en pleno parlamento que la empresa concebida por M. de Lesseps era impracticable.

Esto probará una vez más que los hombres políticos, lo mismo que los sabios, no son infalibles. R.

## Historia de un pañuelo blanco.

(Conclusion.)

Y levantándose salió de la estancia. Su criado no tardó en presentarsele.

— Un caballero busca á Vd., señor, le dijo Pepe.

— ¿Te ha dicho su nombre?

— Me ha dado esta tarjeta.

— ¡Gualtero Di Stella! murmuró de Ródez leyendo el nombre escrito en la tarjeta. Dile que tenga la bondad de aguardar un instante.

Y volvió á entrar en su gabinete.

— Tiene Vd. razón, Adela, dijo; ha venido ya.

— ¿Ve Vd.? exclamó la joven palideciendo, y viene para pedirle á Vd. una satisfacción, para batirse con usted.

— ¡Oh! interrumpió solo Alberto.

— Sí, sí, para batirse con Vd., pero yo no lo permitiré, no puedo permitirlo. Una gota de sangre que se derramara solo, caería sobre mi cabeza como una maldición de Dios, quedaría sobre mi corazón como un remordimiento eterno. ¡Oh! no, Vd. no se batirá, Alber-

to, Vd. no querrá hacerme tan infeliz que llore toda mi vida una imprudencia.

— Tranquilícese Vd., Adela; no me batiré.

— ¡Ah! exclamó la vizcondesa suspirando.

— No, no me batiré porque un duelo no es una razón, y yo necesito una razón para ese hombre.

— ¿Cómo?

— Me contentaré, pues, con relatarle simplemente una historia.

— ¿Y esa historia? preguntó Adela.

— Es la de una trenza de cabellos. ¿No es Vd. aficionada á oír contar historias, señora?

La vizcondesa miró á de Ródez con asombro.

— Es que en todo caso, la suplicaría á Vd. que se sirviera entrar en ese cuarto inmediato. Desde él se puede oír todo lo que aquí se hable, y puede que á Vd. no le disguste la historia que voy á contar.

— Alberto, dijo la vizcondesa, no le comprendo á usted, no acierto á pensar lo que quiere usted decirme, pero me inspira tal confianza la caballerosidad y pureza de sentimientos de Vd., que cederé á todo cuanto me diga, á todo cuanto me pida, á todo cuanto exija de mí.

— Solo pido á Vd. que nos escuche, contestó Alberto acompañando á Adela hasta un gabinete contiguo y cerrando la puerta después de haberla saludado respetuosamente.

En seguida de haber desaparecido la vizcondesa, de Ródez se dirigió al velador y agitó la campanilla.

Entró el criado.

— Pepe, dile á ese caballero que me haga el gusto de pasar adelante.

Pepe salió á ejecutar la orden de su amo.

## VIII.

ALBERTO CUENTA LA HISTORIA DE LA TRENZA DE CABELLOS Y EL AUTOR DA FIN CON ESTE CAPÍTULO Á LA HISTORIA DEL PAÑUELO.

Pocos minutos después, Gualtero se presentaba en la puerta del gabinete.

Alberto se adelantó y le ofreció un sillón.

— Vengo... dijo Gualtero inclinándose.

— Sé bien á lo que Vd. viene, caballero, contestó de Ródez interrumpiéndole. Vd. se ha indignado al ver que lo que creía una cita de una hermosa dama, es solo una burla de un desconocido. Vd. se ha indignado, repito, y le sobra á Vd. razón. Viene Vd., pues, á pedirme cuenta de mi conducta, y también en este paso le apoya á Vd. la razón. Sin embargo, debe Vd. saber que en este mundo nada se hace sin causa. Para obrar de este modo yo he tenido mi causa. Mi causa es una historia, y esta historia se la voy á contar á usted.

— Caballero...

— Le pido á Vd. solo un cuarto de hora de atención.

¿Le parece á Vd. que soy demasiado exigente?

— Pero...

— Es una triste historia que no sé si podré contar sin que asomen las lágrimas á mis ojos, sin que sienta destrozarse mi alma. Oígame Vd., caballero, se lo suplico á Vd. Si después de contada esta historia, que es la mía, su corazón de Vd., su corazón de hombre honrado me pide todavía cuenta de mi conducta, entonces tendré el gusto de ponerme á las órdenes de usted.

Había tal firmeza en Alberto al pronunciar estas palabras, había tal expresión en su rostro, había en fin tan melancólico sentimiento en sus ojos, que Gualtero se inclinó, aceptó el sillón que poco antes se le ofreciera y reveló en su silencio que estaba pronto á escuchar. De Ródez empezó. Su voz vibraba de una manera triste y sentimental; la conmoción que le embargaba se abría paso á través de sus palabras.

— Procuraré ser breve; reasumiré todo lo que pueda para no serle á Vd. molesto. En cierta época de mi vida, caballero, yo he sido lo que da el mundo en llamar un calavera, un calavera completo. Tan serio y grave como me ve Vd. hoy, tan aturdido y loco he sido en otro tiempo. Para obrar una revolución tan inmensa, un cambio tan radical en mi carácter y costumbres, fué preciso una circunstancia de esas que dejan marcado el sello en la vida de un hombre, y cuyo recuerdo le persigue hasta en el fondo de sus más íntimos gozos, como el anatema de un Dios de misericordia al réprobo, como el grito de la conciencia al corazón del criminal.

«Un día encontré en mi camino á una joven. Esa joven se llamaba Carmen. La naturaleza la había enriquecido con todos sus más encantadores dones. Era un tesoro de gracias y de belleza, un conjunto de perfecciones reunidas en una sola mujer como reúne un ramillete el brillo, la hermosura y el aroma de cien flores. Un sultan hubiera dado por ella todo un serrallo. Vision pasajera como la hija del Grecco, Leonardo de Vinci hubiera creído ver á su Mona Lita destacándose viva y animada del inmóvil lienzo.

«Cai á sus piés como tantos otros, pero, en preferencia á todos; su mano se extendió un día para alzarme del suelo, y yo me levanté ébrio, entusiasta, tambaleándome como un insensato á fuerza de tanta felicidad.

«Carmen se cortó una trenza de sus cabellos negros y me dijo al dármele:

«— Voy á consagrarle todos los momentos de mi vida y todos los sentimientos de mi alma. Voy de aquí en adelante á vivir únicamente por tí y para tí. Como esas plantas equinocciales que se abren solo á una hora

determinada para cerrarse igualmente á una época fija, mi corazón solo vivirá cuando te tenga presente, cuando te tenga aquí, á mi lado, cuando pueda sumergir mis miradas en tus miradas, y cuando pueda mi pecho estremecerse de felicidad y delirar de amor. Los instantes que tú pasarás lejos de mí, trascurrirán para tu Carmen en la soledad y el vacío. Estos instantes los pasaré yo envuelta en una atmósfera de recuerdos, á la manera que un muerto se envuelve con su sudario. Dejo en tus manos esta trenza de mis cabellos como un gaje de amor. Si algún día, no lo permita Dios, si algún día sientes que tu pasión se entibia, que tu amor se desvanecía como una concha de hielo á los rayos de otro sol de felicidad, aquel día, como que yo sería un estorbo á tu dicha, como que yo podría presentarme terrible y justiciera á tus ojos como se presentaron las terribles palabras á los atónitos huéspedes de Baltasar, aquel día será preciso que te deshagas de mí como quien quita un obstáculo de su camino para poder seguir adelante; y para deshacerte de mí, Alberto, solo tienes que devolverme esta trenza de mis cabellos. Me darás con ello una puñalada en mitad del corazón, y yo te juro que moriré como Tisbe, bendiciendo el hierro que me asesina.

«Así me dijo Carmen. Todo su carácter, toda su vida estaba en estas palabras. Y es que Carmen no era una mujer de este tiempo. Corría sangre árabe por sus venas, despedían sus ojos el fuego del entusiasmo, encerraba su corazón toda la firmeza del varonil sentimiento de otra edad, y estaba pronta á morir de amor como Julieta si se veía amada ó á sacrificar este amor si era vendida con la misma terrible resolución con que aquel Califa de Carmona, viendo palidecer á su hijo al aspecto de un ejército enemigo que por la llanura avanzaba, desnudó su cimitarra é hizo volar su cabeza por encima de la muralla diciendo: «¡Yo no soy padre de un cobarde!»

«Hé ahí lo que era Carmen.

«Yo la amé como un insensato, con ese amor entusiasta con que debió amar el Tasso á su Leonor, rindiéndola ese culto de homenajes y de adoración continua que marca toda la vida del Petrarca á los piés del fantasma de su Laura. Tres meses duró nuestro amor, tres meses solo que pasaron fugaces como un día de embriaguez, pero que se llevaron envuelto todo un siglo de felicidad.

«A los tres meses, yo no sé cómo fué, pero conocí que me faltaba aire para respirar, que me moría, que me ahogaba entre aquella preñada atmósfera de amor, así como en una habitación cerrada y llena de flores acaban sus aromas por envenenar al que sonriendo entre ellas se adormece.

«Entonces fué cuando, precisamente en un teatro, se ofreció á mi vista otra mujer. Esa otra mujer se llamaba Pura. Inocente como su nombre, cándida como un rayo de sol ó como una gota de agua, esa mujer, esa niña mejor, seguía el camino marcado á su existencia, ignorante, ignorada, virgen hasta en sus pensamientos, desconociendo sus propias emociones. Cuando veía el cielo azul se sonreía, cuando se hallaba en una pradera, corría por entre las flores juguetona como una mariposa, murmurando entre los árboles palabras de infantil entusiasmo. Era una idea de amor que cruzaba el mundo, era una Julieta desconocida que esperaba á su Romeo. Al primer rayo de un sol de amor podía brotar de su corazón juvenil todo un manantial de dulcísimas emociones, como en el desierto al primer golpe del cayado del legislador hebreo brotó de la roca una fuente cristalina.

«Como Carmen á mí, yo consagré todas mis horas, todos mis instantes, todos mis pensamientos á Pura. Me imaginé toda la vida de felicidad que podía pasar á su lado y pedí su mano. Quise hacerla mi esposa.

«El amor de Carmen me había separado de una vida de disipación y de locura, como era la que seguía antes de conocerla. El amor de Pura me brindaba con un porvenir de tranquilidad doméstica inmensa como una eternidad de amor.

«Un día que yo hablaba á Pura con calor y entusiasmo de nuestra futura felicidad, me dijo:

«— No sé, pero cuando así me hablas, mi corazón late de una manera incomprensible, extraordinaria. Quiero ver si late lo mismo el tuyo.

«Y puso su mano sobre mi corazón, pero tropezó con un objeto.

«— ¿Qué es esto? me preguntó.

«Yo balbuceé una respuesta evasiva. Había hallado su mano el medallón en que guardaba la trenza de cabellos que un día me diera Carmen.

«Luego de haber dejado á Pura, aquel mismo día, fui á mi casa, me quité el medallón, saqué de él la trenza de cabellos, la envolví en un papel, y sin acompañarlo de una sola palabra, de una sola letra, se lo remití á Carmen.

«Cuando el pliego hubo partido, cuando me quedé solo con el recuerdo de lo que había hecho, me pareció que acababa de cometer una infamia... sí, una infamia: sentí como una mano de hierro estrujar mi corazón, me levanté para dar algunos paseos por la estancia, presa de una emoción desconocida, y tuve que abrir el balcón para respirar... me faltaba el aire.

«No, volví á ver más á Carmen.

«A los pocos días fijé con la familia de Pura la época de mi enlace, que decidimos efectuar de allí á cuatro meses.

«La víspera del día designado, recibí un billete, billete que conservo y que va Vd. á leer.»

Y Alberto se levantó, abrió una cajita de ébano in-

crustada de oro que resplandecía sobre un mueble, y sacando un billete, se lo entregó con mano trémula á Gualtero. Este al recibir el billete, observó que el rostro de Alberto estaba excesivamente pálido.

Hé ahí lo que leyó Di Stella:

«¿No habrá para la mujer que se muere de amor una visita del hombre á quien ha amado tanto?... Esta mujer le espera por última vez á las doce. Si retrasa solo una hora, quizá sea demasiado tarde.»

— Este billete era de Cármen, continuó Alberto siguiendo el hilo de su historia, pero con voz conmovida, era de ella y me pedía, ya Vd. lo ve, que fuera á visitarla por última vez.

«Fui.

»Fui, y, ¿lo creería Vd., Gualtero? la hallé tendida en su lecho, pálida, moribunda, agonizando ya. ¡Sí, sí, agonizando! ¡Oh, fué un espectáculo terrible, y es un recuerdo horroroso!!...

Y al llegar aquí, Alberto dejó caer su cabeza entre las manos y calló por un instante. Gualtero, visiblemente conmovido, respetó aquel silencio. De Ródez no tardó en levantar la frente y en continuar, vencida ya su emoción, dueño de sí mismo por un supremo esfuerzo de voluntad.

»— La encontré agonizando, se moría de amor como ella misma dijera. Hacia cuatro meses, desde el día en que recibí la trenza de cabellos, es decir, desde el día en que yo le había dado la puñalada en mitad del corazón, desde aquel día Cármen había buscado todas las ocasiones de poderme ver junto á Pura, en el teatro, en el paseo, en las diversiones, y, vaso á vaso, sorbo á sorbo, gota á gota, había ido apurando el veneno de los celos, gozándose en libar la copa toda entera.

»¡Oh! yo no le puedo decir á Vd., Gualtero, todo lo que sufrí en la entrevista con Cármen, todo lo que le dije á aquella mujer sublime en su amor, sublime en su desesperación, sublime hasta en su muerte. Solo sé que mi remordimiento halló todas las expresiones posibles para endulzar aquellos sus últimos instantes; solo sé que mi conciencia me dictó las protestas más sinceras, ¡ay! sí, pero las más tardías; solo sé que caí de rodillas, despedazada el alma, y que pegué los labios á la mano de aquella mujer que murió sonriendo, que murió, como había dicho, bendiciendo el hierro que la asesinaba.

» Cuando aquella mano se hubo helado en mis labios, cuando aquel cuerpo hubo quedado inmóvil, cuando aquella boca hubo exhalado el último suspiro, cuando, en fin, el torcedor de la angustia hubo penetrado todo entero en mi alma, me levanté y entonces... entonces, ¡oh, justicia del cielo!... entonces vi allí, á dos pasos, contemplándolo todo, á Pura, á la misma Pura, á aquella otra pobre mujer cuya existencia yo también había envenenado.

» No sé, no he sabido jamás, no he querido tampoco saberlo, cómo había venido, quién la había acompañado. Solo sé que estaba allí, allí mismo, mirándome en silencio.

» Fué un momento horroroso. Ignoro cómo mi corazón no reventó en pedazos como estalla y revienta la roca en la que ha penetrado el camino trazado á la pólvora por la experta mano del minero.

» Pura se adelantó y me dijo solamente:

»— Entre los dos media un cadáver, media una tumba, media un abismo. Dios le perdone á Vd., Alberto, como le perdono yo, como le ha perdonado esa pobre víctima.

Alberto volvió á interrumpir su relato por un momento. En seguida continuó.

»— ¿Qué más puedo decirle á Vd.? No sé cuánto tiempo estuve luchando entre la vida y la muerte, devorado por una fiebre terrible que me daba peligrosos accesos de locura. Cuando ya estuve restablecido, supe que Pura había partido con su familia para un largo viaje con objeto de buscar alivio á una enfermedad de languidez que la consumía, y que acabó por arrebatárla al mundo al cabo de un año.

» ¡Ahí tiene Vd. mi historia, Gualtero!

Hubo un momento de religioso silencio entre los dos personajes. Gualtero estaba visiblemente afectado, y de Ródez trataba de dominar la emoción que le había producido el relato que acababa de hacer.

— ¿Comprende Vd. ahora, dijo por fin Alberto, comprende Vd. ahora la escena del ambigü, y de la cual ha venido Vd. á pedirme cuenta?... Yo sé sus relaciones de Vd. con Carolina, sé todo el amor que hacía usted guarda su noble corazón, soy amigo por otra parte de la vizcondesa de Aurioles, y he visto su situación de usted, demasiado parecida á la mía, para que pudiera dejar de mezclarme en el principio de un drama que podía tener un trágico fin, un funesto desenlace. Carolina es Cármen; Adela es Pura. Ahora bien, ¿quiere usted aun hablarse conmigo? ¿Quiere Vd. continuar en esa senda para expiar quizá después un momento de obcecación como yo mismo por toda una vida de luto, de eterno luto? ¿Quiere usted?...

— Quiero ser amigo de Vd., interrumpió Gualtero levantándose y tendiendo á Alberto una mano que este estrechó con efusión.

— ¡Oh! dijo de Ródez, no en vano había yo contado con su corazón de usted.

Pocos momentos después partía Gualtero, y pocos momentos después de haber partido Gualtero, la vizcondesa entraba pálida y agitada en el gabinete y se dirigía hácia Alberto, que anonadado por la emoción se dejara caer en el sofá.

Aquellas dos almas escogidas, aquellos dos tiernos corazones no se dirigieron ni una sola palabra sobre lo

que acababa de tener lugar. Solo dijo Adela á de Ródez, viendo que este le alargaba el pañuelo blanco que había originado las escenas de todos aquellos días.

— ¡No, no debo recibirlo: guárdelo Vd. en memoria mía!

Dos días más tarde, la vizcondesa partía para Londres. El día de su partida, Alberto halló al entrar en su casa por la noche un billete concebido en estos términos:

«¡Gracias, gracias!... ¡Oh sí, gracias!

» CAROLINA.»

— A lo menos que alguien me deba su felicidad en este mundo, murmuró de Ródez.

V. BALAGUER.

### Un matrimonio de la mano izquierda.

El palacio de Hermanstadt (así llamaremos la capital de un ducado alemán que no conviene designar por su nombre verdadero) estaba iluminado para una fiesta brillante; las apuestas damas rivalizando en hermosura y en la riqueza de sus adornos, se disputaban las atenciones y sonrisas del joven duque Alberto que acababa de cumplir sus veinte y cinco años; pero descollaba y se hacía reparar entre las más lindas y elegantes una de las doncellas de honor de la duquesa viuda. Llevaba un traje de brocado, guarnecido de encaje de Inglaterra; dos sargas de magníficas perlas rodeaban su gracioso cuello, y otras perlas de no menos valor se veían profusamente enlazadas con su negra cabellera. Este tocado de una rica sencillez que tan bien sentaba á los puros contornos de su fisonomía, era el tema de infinitos comentarios.

Las mujeres, sobre todo, se dirigían mutuamente malignas ojeadas, y cuchicheaban por lo bajo detrás de sus abanicos. Pero Constanza de Waldegrave no parecía reparar en nada de cuanto pasaba á su alrededor: una agitación febril le impedía hablar ó permanecer en su puesto; veíasele ponerse sucesivamente pálida y colorada, y los precipitados latidos de su pecho revelaban la turbación que reinaba en su interior.

No tardó la noble reunión en derramarse por los jardines que resplandecían con millares de luces. Al embeleso de la música se juntaba el suave perfume de las flores que embalsamaban el ambiente de una noche de verano. Por todas partes circulaban alegres grupos que ora se ocultaban entre los bosquecillos, ora volvían á aparecer según los caprichos de la luz y de la sombra.

Un joven caballero y una hermosa dama se desviaron imperceptiblemente de la muchedumbre y llegaron á un tiempo, bien que por distintos senderos, á la entrada de una sombría y estrecha calle que llevaba á la parte más retirada de los jardines. Nadie reparó en ellos; tan solo en el momento en que la linda joven se adelantaba por debajo de un emparrado, una voz murmuró en su oído:

— ¡Pérfida!

Conmovida aun por esta palabra, se dejó llevar por aquel en cuya busca se dirigiera á aquel lugar, hasta una pequeña capilla medio oculta entre el follaje. La puerta estaba abierta, y solo la luna alumbraba con sus pálidos rayos á un sacerdote con sobrepelliz que estaba esperando. A entrambos lados del altar se veían de rodillas un hombre y una mujer de edad algo avanzada. Ninguno de los circunstantes profirió una palabra; la dama fué á colocarse á la izquierda del caballero que tenía oculta su mano derecha debajo de la capa, y celebró con prontitud la ceremonia del casamiento. Luego de concluida, sacerdote, testigos y desposados, se dispersaron por los jardines y volvieron cada uno por su lado á confundirse con los paseantes.

La inquieta vigilancia que los cortesanos ejercen sobre cuanto les rodea había faltado esta vez; sus ojos, abiertos de continuo, se habían cerrado un instante; y sin embargo, los que acababan de unirse en secreto delante de Dios, eran el duque Alberto y Constanza de Waldegrave.

Constanza de Waldegrave, nacida de una de las familias más nobles de Alemania, era una huérfana adoptada por la duquesa viuda y educada en su palacio. Su hermosura, la facilidad maravillosa con que todo lo aprendía, aumentaron el interés que su infortunio había ya excitado en el corazón de su bienhechora. Pensaba esta darle para esposo otro de sus hijos adoptivos, llamado Emilio de Mansfield. Ambos eran iguales en nacimiento, en gracias naturales, en talentos y en todas las demás calidades del ánimo; pero su corazón y su carácter ofrecían diferencias marcadas, contrastes que á nadie se ocultaban.

Emilio de Mansfield, á quien un secreto instinto había sin duda revelado los proyectos de la duquesa, amaba á Constanza con aquel amor exclusivo que es capaz de todos los sacrificios, de todos los actos de desprendimiento. Constanza, de un carácter más vivo, pero menos novelesco, sufría con impaciencia la oscuridad á que se veía condenada. Su coquetería ávida de homenajes reparaba tan solo los que se le escapaban; necesitaba crédito, honores, una corte á sus pies y todos los goces del orgullo y de la ambición. En esto hacía ella consistir la felicidad, y no en el amor de un joven que hallaría tal vez protección, pero que no podría dispensarla jamás. Constanza le correspondía por vanidad y por interés, reservándose no admitir más ade-

lante sus obsequios, pero decidida entre tanto á evitar que los dedicase á una rival.

En esto llegó la noticia de la vuelta del joven duque Alberto, el cual viajaba, mucho tiempo había, por los diferentes países de Europa, aguardando la época de su mayor edad. A esta nueva se movieron todas las ambiciones, urdiéronse mil intrigas en la corte; unos trataban de cautivar la confianza del príncipe, otros de interesar su corazón. En medio de toda aquella muchedumbre que tan solícita andaba en torno suyo, distinguió Alberto á Constanza Waldegrave. Aunque hubiese sido su compañera en los juegos de la infancia, no la había reconocido al principio, tan maravilloso era el cambio que obraran los años en su belleza. Desde este instante buscó todas las ocasiones de platicar con ella; el abandono y la viveza de su conversación le hechizaban. Complaciase en suscitar mil inocentes recuerdos que le eran comunes, y este era una especie de lazo que se formaba entre ambos. Estas niñerías bajo su aparente frivolidad ocultaban deseos, proyectos y alusiones harlo fácilmente comprendidas y á las cuales daban los ojos una elocuente interpretación.

Unos obsequios tan declarados no se habían escapado á la perspicacia de los cortesanos; pero aunque se hubiesen encubierto con velo mucho más denso, lo hubiera penetrado el ojo de un amante. Hacia algún tiempo que Emilio Mansfield no dirigía una sola palabra á Constanza, y esta por su parte procuraba evitar sus miradas; ninguna explicación había mediado entre ellos. ¿Era acaso necesaria? ¿no había Emilio sorprendido la secreta alegría de aquella á quien el duque prodigaba todas sus atenciones? ¿no había leído en su frente el orgullo del triunfo? ¿no tenía que renunciar á ella para siempre?... Impuso silencio á su propio corazón, encerró dentro de sí mismo su amor y su resentimiento, y observó, mudo testigo, el curso de los acontecimientos.

Hubiérase dicho que los sordos rumores que llevaban agitada la corte habían llegado á oídos de la duquesa; pues aunque recibía á Constanza Waldegrave con la misma bondad y afecto que antes, dirigiale de vez en cuando miradas investigadoras. No se olvidó de repetir al duque Alberto que la noble huérfana estaba destinada á Emilio Mansfield, que los dos se amaban y que no estaba distante el momento de su enlace. Esforzabase el duque en sonreírse y guardaba silencio.

— Supuesto que se trata de matrimonio, le dijo un día, deja que te hable del tuyo. La petición que he dirigido al príncipe de... ha sido acogida muy favorablemente: te concede la mano de su hija. Tú has tenido el privilegio tan poco común entre las personas de nuestra clase, de ver á la que te está destinada y de juzgar por tí mismo á aquella de la cual depende casi enteramente tu felicidad doméstica. Las cartas que tú me has escrito están llenas de alabanzas de la princesa Leopoldina ¿no la encuentras muy amable?

— Sí, amable, respondió tranquilamente el duque Alberto.

— ¿Y en todo perfecta?

— A lo menos así lo creo.

— ¿Y de una admirable belleza?

— Sí, es hermosa.

— Esta es, pues la unión más apetecible, continuó la duquesa. Antes de poco será sometido este negocio al consejo, y será lo más acertado. No dudo de que, á fuer de amante apasionado, eres de esta opinión.

— Sin duda, contestó con evidente frialdad.

¿Cuán diferente le hubiera visto quien lo hubiese observado una hora después en un pabellón retirado, á los pies de Constanza, la cual ocultaba el rostro entre sus manos! ¿Con qué calor, con qué elocuencia defendía su causa! ¿Era acaso un crimen, decía, derribar la barrera que la sociedad había levantado entre ellos? Si Constanza no podía ser su esposa ante la ley, su esposa legítima, qué obstáculo podía impedir que lo fuese delante de Dios? Aunque faltase la sanción civil á aquel enlace, consagraríalo la sanción religiosa. La primera no era más que una fórmula inventada en beneficio del orgullo y del interés, la segunda era la voz de Dios que no admitía todas aquellas frívolas distinciones y que solo quería unir á los que se amaban. Por otra parte los mismos hombres no reconocían para las personas de su clase aquellos matrimonios morganáticos que aseguraban la felicidad del príncipe, sin rebajar en lo más mínimo la consideración de su compañera. ¿No era esta una costumbre recibida en Alemania y apoyada en los más famosos ejemplos?

Constanza escuchaba este lenguaje, es decir, estaba ya rendida. La memoria de Emilio de Mansfield y la de la duquesa que la acusaría de ingratitud, se presentaron por un instante á su imaginación, pero otras imágenes brillantes deslumbraron sus ojos. Llegar á ser la estrella de un ducado por la libre elección de un príncipe, influir en los destinos de un pueblo... ¡qué sueño! ¡y este sueño podía trocarse en una realidad! A más de esto, el que le hablaba con voz tierna era también joven y hermoso, era un amante coronado. Constanza hubiera tenido fuerza para resistir al amor; ¡pero á la ambición!...

Decidióse que se tendría oculto el casamiento hasta después de la muerte de la duquesa. El duque Alberto se aseguró del sacerdote y del médico que le habían acompañado en sus viajes. Este y la vieja nodriza que le servía de camarera, fueron designados para testigos. Si ojos más penetrantes ó interesados entrevieron parte de la verdad, esta en sí quedó cubierta bajo un profundo misterio.

(Se continuará.)

**La República**

DE GUATEMALA.

(AMÉRICA CENTRAL.)

(Véase el N° 876.)

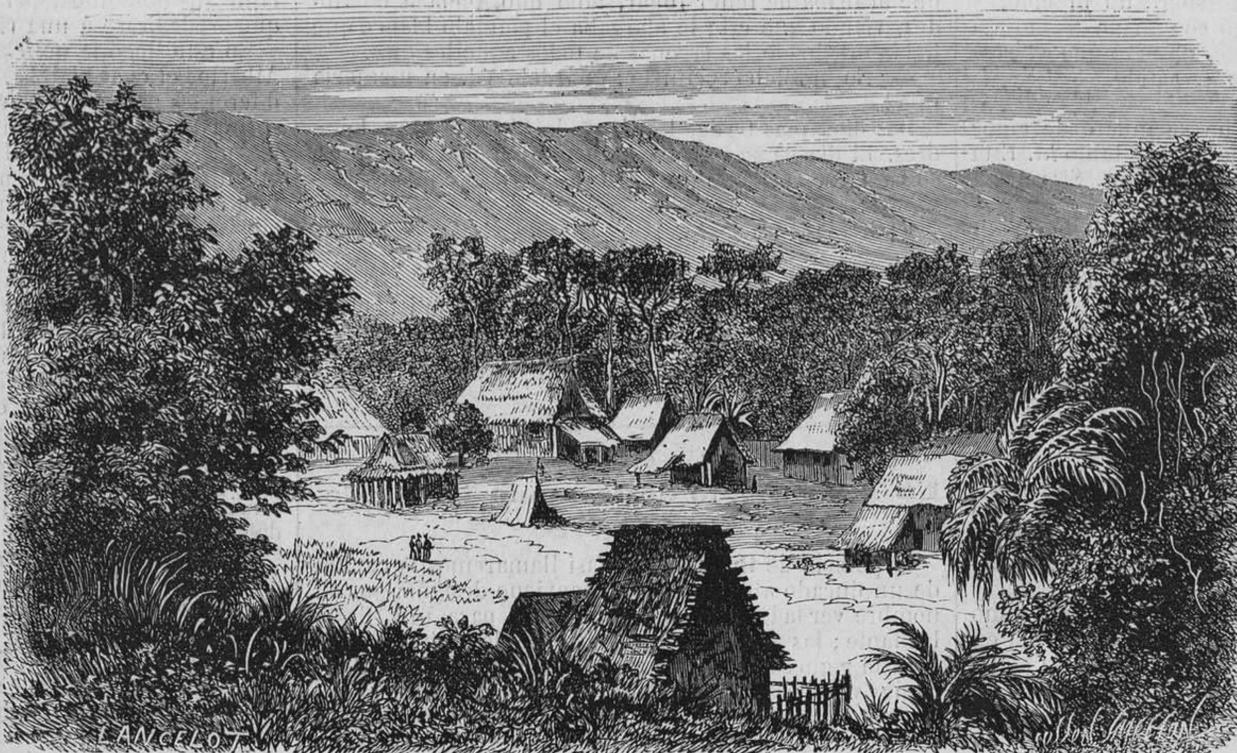
Entre los productos naturales había el cauchú, el divi-divi, las maderas de construcción, de tinte y de ebanistería, tan hermosas como variadas, la zarzaparrilla, la vainilla, los aceites de palmera, el sebo vegetal, la cera vegetal y una porción de plantas textiles á cual mas interesantes.

Cochinilla, café, azúcar bruto, añiles magníficos, arroz, harinas amiláceas, todo esto figuraba allí en primer término.

La exposición instalada en el gran salón de la Universidad ofrecía un brillante aspecto y sentimos no haber tomado su vista para que pudiera reproducirse. Era en el mes de enero y sin embargo, podían admirarse las mas preciosas flores de Europa, confundidas con las de una de las flores mas ricas del nuevo mundo.

Guatemala es la ciudad de las flores por excelencia. El rosal florece todo el año con los naranjos, los granados, etc. A un tiempo se admira la franchipana al lado de mirtos que se hacen enormes, los vegetales de Australia, de la China, del Cabo de Buena Esperanza, de la América del Norte y de la vieja Europa. El horticultor y el aficionado á jardines está en este país en sus glorias.

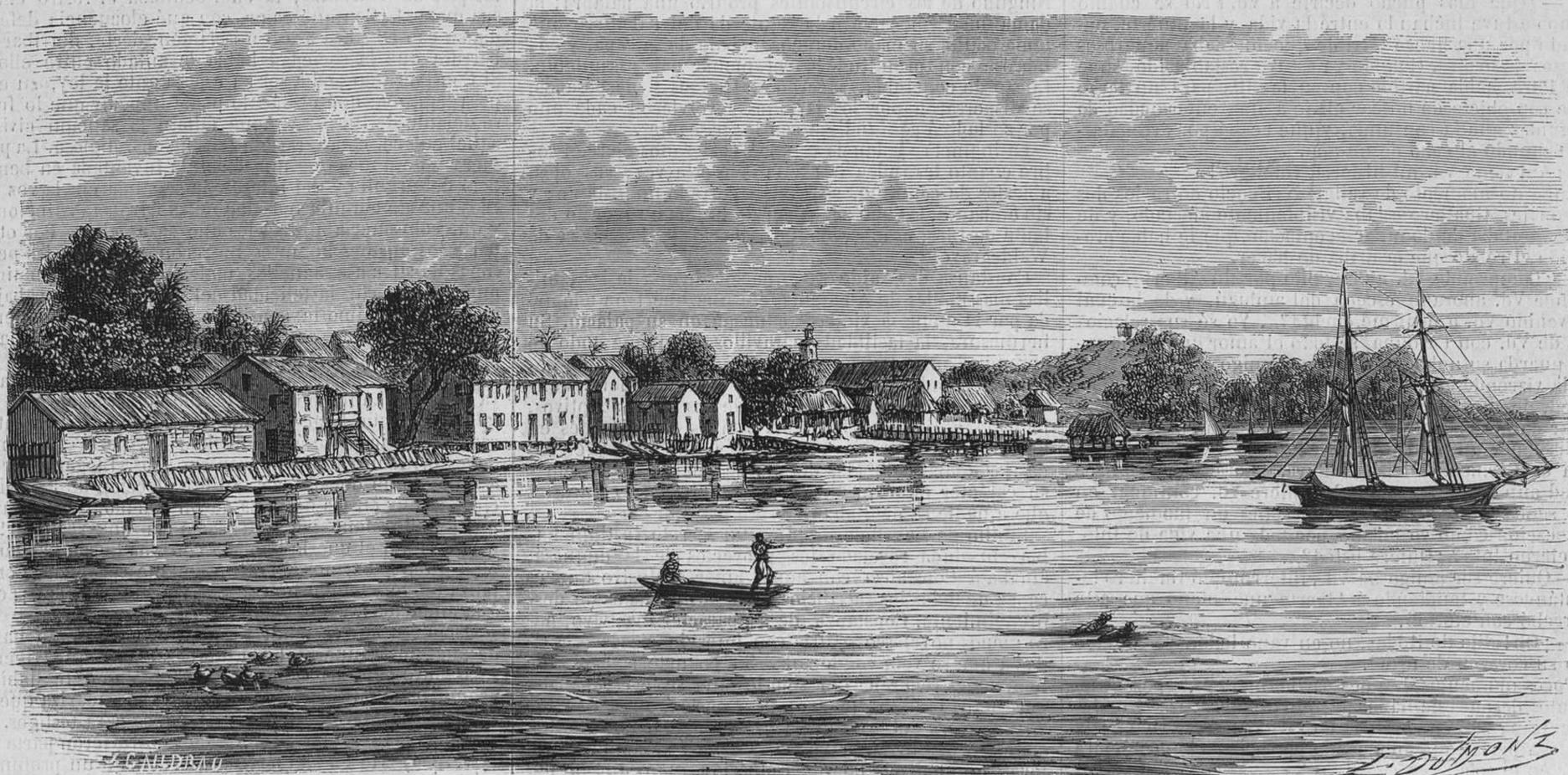
Igual abundancia, igual diversidad de frutas y de hortalizas en el mercado de Gua-



República de Guatemala. — Valle de Polochic (Alta Verapaz.)



Santa Rosa de Pansos en el Polochic.



Puerto de Izabal en el lago del mismo nombre.

temala; plátanos, sapolillos, paltos, naranjas y melocotones, manzanas y peras; piñas, ananas, al lado de las magníficas uvas y las monstruosas granadas de la Baja Verapaz; las batatas confundidas con las patatas, las zanahorias, los rábanos y las ensaladas de las tierras templadas, el trópico acariciando al polo Norte, raíces y flores comestibles, á fin de probar una vez mas que los extremos se tocan.

En la actualidad se trata de establecer en Guatemala un jardín nacional de aclimatación y de formar paseos públicos. Desde luego se puede figurar cualquiera las maravillas que el extranjero podrá admirar dentro de dos ó tres años.

Se se ha exagerado mucho la dificultad de comunicaciones entre este país y la Europa.

Guatemala se halla situada entre los dos Océanos y se puede llegar á ella por la vía del Atlántico. Todo el comercio de la república y una parte del del Salvador se ha hecho durante largos años por la vía de Izabal (camino del Atlántico). Desde la apertura del ferrocarril de Panamá y el establecimiento de una línea regular de vapores que sirve todos los puertos de la América central sobre el Pacífico, las exportaciones y las importaciones se hacen por el puerto de San José de Guatemala, situado á treinta leguas de la capital. Se han ejecutado grandes obras para mejorar el camino y se ha establecido en medio de la reventazon un muelle de hierro magnífico con su desembarcadero.

La agricultura se ha inclinado hácia el Sur

Estudios de costumbres, caricaturas por Randon.



— Segun la estadística, comemos, por término medio, de diez y nueve á veinte libras de carne al año.  
 — ¿Quieres callar? Yo, aquí donde me ves, me como por lo menos trescientas libras, y eso que ayuno ¡Dios sabe cuántos días!

— Voy á dar una limosna á ese pobre que acaba de saludarnos.  
 — Ni lo pienses: es mi casero.



— Es exquisita esta cerveza, pero trabaja un poco...  
 — Pues en ese caso llévatela, que somos de la asociación y no queremos cerveza que trabaje el domingo.

— Tiene Vd. aquí una magnífica librería.  
 — Ya lo creo, sin hablar de la caoba, la encuadernacion me cuesta mas de cuatro mil francos.

y no obstante el alto precio del flete, el comercio aprovecha esta vía para corresponder con la Europa. Sin embargo, largo tiempo hacía que se reclamaban obras en el antiguo camino del Atlántico, se pedía una carretera que condujese á Izabal ó á Santo Tomás, y el gobierno que comprendía toda la importancia de la cuestión, si aplazaba la ejecución era por falta de los recursos suficientes. Hoy gracias al empréstito suscrito últimamente en Inglaterra, el gobierno de Guatemala puede ejecutar el camino que no tardará en hacer la riqueza de este hermoso país. En cuanto pueda hacerse en diligencia el viaje de Izabal á Guatemala, todo el mundo se aprovechará y muchas personas preferirán esta vía á la de Panamá que ofrece tan graves inconvenientes; los departamentos de Chiquimala y de la Verapaz que son los mas vastos y feraces de la república, se cubrirán de cañas, de café y cacao, y los emigrantes de la Luisiana y de las Antillas encontrarán en estos países con la feracidad de la tierra y la salubridad, esa seguridad indispensable para que prosperen las empresas de este género.

Creemos que el gobierno de Guatemala no se contentará con la carretera, pues ya se habla mucho de la construcción de un ferro-carril. Al menos tal es la opinión de don Enrique Palacios, encargado de negocios de Guatemala, que ha llevado á buen término el último empréstito, y que disfruta con razón de toda la confianza del gobierno (1) El ferro-carril interoceánico de Guatemala daría á este país un valor incalculable y sería la vía predilecta de todos los habitantes de la América del Sur, antes que la de Panamá y la de Honduras, de que se habla menos en Centro-América que en Londres y en París, y eso que ya se está ejecutando.

Con efecto, el camino del Norte atraviesa comarcas sanas, pobladas, del aspecto mas variado y pintoresco, y Guatemala, que vendría á ser el punto central del camino interoceánico, es la ciudad seductora que acabamos de describir rápidamente.

La Verapaz forma el departamento mas extenso de la república de Guatemala. Es una comarca admirable, excepcional, en toda la América intertropical, llamada á ser con el tiempo tan importante y rica como la reina de las Antillas (Cuba). La Verapaz se extiende al nordeste de Guatemala y tiene por límites cinco departamentos, á saber: al Sur el de Guatemala en el paso del río Motagua, que toma el nombre de río Grande; al Oeste los de Totonicapam en el paso del río de la Pasión, que se llama en este sitio río Negro, río Chisoy y río Sacapulas (2), al Norte el de Peten y al Este los de Chiquimala y de Izabal.

El río Polochic nace en la alta Verapaz, cerca de Coban, y alimentado por varias corrientes de agua que bajan de los montes, desagua en el lago de Izabal que no es, digámoslo así, si no su inmenso ensanche. Es el río mas notable de Centro-América, si se le considera como fuente del lago y del río Dulce, que es su continuación. Río Dulce desagua en el golfo de Honduras en el Atlántico. El Polochic es navegable desde Telemán, 24 leguas E. de Coban. El puerto principal está en Pansos, 4 leguas mas abajo. En la actualidad se construye una carretera que sale de Coban y atraviesa los cafetales que se han formado en estos últimos años. Gracias á este camino, los café llegarán directamente á Europa por buque de vela ó por vapor y podrán luchar ventajosamente con los café del Brasil, de Venezuela, de las Antillas, del Salvador y de Costa Rica, pues son muy superiores en aroma. El café de Coban iguala, cuando menos, los de Colima (Méjico) y los Yungas (Bolivia); por lo demás, el café de las tierras templadas de la república es mas aromático que el que se da en las tierras calientes.

J. ROSSIGNON.

(Guatemala.)

Corresponsal de la misión científica de Méjico y de la América central.

(Se continuará.)

(1) Al escribir estas líneas sabemos que acaba de firmarse un contrato en Londres para la ejecución del ferro-carril interoceánico de Guatemala.

(2) El río de la Pasión es muy caudaloso, es el mas importante de todos los que se encuentran entre Méjico y Nueva Granada: pero tambien es uno de los que menos se conocen y cuyo estudio ofrecería un gran interés científico. Nace al S. O. de la Verapaz en los Altos, se dirige hácia el N. E. en casi todo el largo de este primer departamento, atraviesa las misteriosas é ignoradas regiones de los Lacandonis, forma innumerables rodeos para aparecer de nuevo al N. del Peten, se aumenta con muchos afluentes designados en los mapas de un modo vago é indeciso, y se une con el río Usumacinta formando una soía corriente que desagua en el Atlántico y que se conoce con el nombre de río de Tabasco ó de Grijalva. Las comarcas que riega el río de la Pasión y sus afluentes son de una extensión considerable y merecen una exploración detenida. El gobierno de Guatemala se halla dispuesto á favorecer con todos sus medios una misión científica que se organizará en Francia. Podemos asegurar, sin temor de ser desmentidos, que la exploración de esta región desconocida ofrecería mas interés que todo lo que ha dado de sí la misión científica de Méjico, y nos sorprende que no haya sido este el principio. Nuestro sabio colega, el abate Brasseur de Bourbourg, está seguro de hallar donde decimos restos preciosos de antigüedades mejicanas: en el país se habla de ciudades inmensas perdidas en las selvas, y en la última exposición de Guatemala hemos visto muchos ídolos, objetos de arte y maderas labradas por los pueblos primitivos del Peten, traídos del país de los Lacandonis.

### Tres días en Nápoles.

(Continuacion.)

Patricio miró con la suave sonrisa de los elegidos á aquella naturaleza tranquila, llena de su Criador, y se encaminó rápidamente hácia el puerto, con la esperanza de tomar su vuelo hácia la apacible Irlanda, á favor de la serenidad del cielo que regocijaba á los marineros.

— ¡Oh! ¡cuando yo te vea, se decía mentalmente, vieja iglesia de mi santo patron, venerable metrópoli de Dublin, me precipitaré á la sombra de tus dos naves, como la tierna paloma bajo las alas de su madre, y ya no temeré nada de este mundo infame y tentador!

Así que llegó al muelle vió venir hácia él un criado de Lorenzo, que le saludó y le dijo:

— Mi amo ha hecho buscar á Vd. por todas partes desde que ha salido el sol: ha enviado hombres á caballo por todos los caminos de Nápoles; pero ya llegais tarde. El *Erinn* sa ha hecho á la vela, y ya está muy lejos.

Y al mismo tiempo, mostraba con el dedo el sitio vacío donde el *Erinn* habia estado amarrado.

Patricio hizo un movimiento nervioso, levantó los ojos al cielo y suspiró.

El criado cruzó los brazos y miró al puerto: habia ya cumplido su misión.

Después de una corta pausa, Patricio, que no sabia qué resolución tomar, preguntó al criado:

— ¿Dónde está tu señor?

— Mi amo, respondió este, no está en la *locanda* de la Victoria, ha marchado á la villa (1) Sorrentina, y me ha encargado que acompañe á Vd. allí, si gusta de ello su señoría. Ahí tiene Vd. el bote preparado con cuatro remeros.

— ¡Eh! exclamó Patricio: ¿y por qué no me hablabas al momento de tu bote? ¡Pronto, vivo, al mar! ¡Hay una buena brisa, vivo, vivo, á la vela y al remo! aun alcanzaremos al *Erinn*.

Y llevando consigo al criado, saltó al bote y desató él mismo las cuerdas de la vela, rollada á la antena. El bote partió como una flecha, y el rostro de Patricio se puso radiante de alegría.

— ¿Creeis, dijo Patricio al marinero del timon, que yendo con esta celeridad podremos alcanzar al *Erinn*?

— ¡Alcanzar al *Erinn*! respondió el marinero con una carcajada truanesca: si fuérais pájaro aun no le alcanzaríais. Ese no es un barco siciliano, es un buque inglés. ¿Lo comprendeis? Es inglés, y el viento no corre tanto como él.

— Probaremos, sin embargo, dijo Patricio.

— ¡Oh! podremos dar un paseo, dijo riendo el marinero: el mar os dará apetito.

Quando se descubrió el horizonte en toda su inmensidad, Patricio le examinó con mirada melancólica, y no vió en toda la extensión de los mares mas que algunas velas latinas de una blancura brillante: eran barcos de pescadores; pero el *Erinn* habia desaparecido.

— ¿Vamos á la villa Sorrentina? preguntó el timonero.

— ¡Vamos! respondió Patricio con voz desesperada. Y dejándose caer sobre un banco, guardó un silencio taciturno hasta la llegada.

Allí nada pudo distraerle de las penosas meditaciones que le abrumaban á la vez: ni la pequeña y alegre bahía, que servía de desembarcadero á la villa Sorrentina, ni los pomposos naranjos que estaban suspendidos sobre un agua tranquila, que reflejaba el oro de los frutos y la plata de las flores, ni el aspecto de la villa, dormida entre los pinos, los árboles de Julia, las palmeras y las acacias. El medio día le hubiera encontrado aun en esta actitud de desesperación, si la voz de un amigo no le hubiera despertado, como sobresaltado en medio de un penoso sueño.

— ¡Y bien, Patricio! exclamó Lorenzo con voz alegre, recalas en Sorrentina, yendo á Dublin.

Patricio se agitó vivamente y se improvisó una resolución por necesidad, saltó ligeramente sobre la ribera, apretó la mano de Lorenzo, é hizo un gesto que podia significar:

«— Aquí me tienes: estoy resignado á este contra-tiempo.»

— Me alegro á fe mía de ese incidente, dijo Lorenzo: estaba, en verdad, pesaroso de no haberte podido hacer los honores de mi encantadora villa. Mira, amigo mio, esto bien valo tanto como la bahía de Kingstown y el Kipure, ¿no es verdad?

— Esto es hermoso; pero no es jamás la patria.

— Amigo mio; acuérdate de lo que yo te decía cuando estudiábamos filosofía en el seminario de la *Propaganda*; no hay patria sin naranjos. Este árbol da á entender el clima, y parece decirte: «Tú puedes vivir aquí, porque tambien yo existo.»

— Lorenzo, después de cuatro años de destierro, te confieso que me faltan las fuerzas si no veo á mi *Erinn* antes de que concluya la primavera.

— ¡Calla, y no seas niño! ¡Tú volverás á ver tu *Erinn*! pero descansarás aquí entre tanto. ¡Si supieras

(1) Lllaman de este modo en Nápoles á las casas de campo.

cuán contento estoy, nada mas que con volverte á ver! ¡Estaba tan triste ayer tarde á mi llegada á Roma desde Nápoles! ¡Yo tambien estoy desterrado! ¡yo que he nacido en Sinigaglia, sobre la orilla del triste Adriático! Pero yo adopto á Nápoles y Sorrentina, dos hermosas jóvenes que valen mas que la vieja Sinigaglia. ¡Hola! dime, ¿dónde has pasado la noche, si puedo hacerte esta pregunta sin ser indiscreto?

— ¡La noche! dijo Patricio esforzándose por sonreír; he pasado la noche á la orilla del mar... para no faltar al buque.

— ¡Magnífico! La precaucion era buena... ¿Y el buque ha partido sin tí? Yo admiro tus distracciones.... ¿Y tu equipaje? ¿Se ha llevado el *Erinn* tu equipaje á Irlanda?

Patricio hizo un signo afirmativo.

— ¿No has conservado mas que ese modesto traje de viaje?... No importa, yo te daré vestidos elegantes.

— ¿Y para qué?

— ¿Sabes por qué? Porque tengo convidados en la villa... ¿Te asombras?... Sí, vienen á comer conmigo... unos amigos... unos artistas...

— ¿Y hay mujeres? dijo Patricio retrocediendo un poco.

— ¡Mujeres! no... no. ¡Qué miedo á las mujeres! No tengas cuidado... tal vez habrá una... una... Pero no te espantes de ese modo... no es una mujer...

— ¿Y qué es, pues?

— Tú verás, estaremos alegres, cantaremos el *Dies cræ* de Pergoleze... beberemos champagne... Esto es una comida que he improvisado ayer noche en los bastidores de San Carlos con antiguos amigos... No tengas ningun miedo... ¿Te has hecho intolerante desde esta mañana? ¿Qué quieres? yo soy aficionado á las cosas profanas, y libertino como escapado á la vida religiosa... ¿por qué ha muerto mi tío? Si no hubiera muerto, yo seria diácono como tú, y un buen cristiano como tú. Una herencia y Nápoles me han perdido. Quitá á Nápoles y las herencias de este mundo, y yo digo misa en San Juan de Letran. Mira, Nápoles es el demonio, y el Vesubio el infierno. Hé aquí el paraíso terrenal. En mi villa es donde Eva tentó á Adán.

— ¡Qué lenguaje es ese que me hablas! dijo Patricio con aquel tono medio severo, medio amistoso, que toma un eclesiástico que sabe compadecer las debilidades humanas. Verdaderamente, Lorencino, que me escandalizarias si no estuviera tan asegurado de la gracia de Dios. Escúchame: no acepto tu comida; pero me darás una habitación solitaria donde me encerraré todo el día, y si vais á hacer vuestras saturnales por el lado del Norte, yo estaré en un cuarto del lado del Mediodía, y allí dirigiré mis oraciones por todos vosotros al Omnipotente.

— Escúchame, Patricio, aun estamos solos, mi flotilla de góndolas cargadas de convidados, no llegará hasta dentro de una hora; tienes tiempo suficiente de recibir mi confesion. Ayer, al llegar de Roma, te encontré en la *locanda* de la Victoria, y hacia un año que no te habia visto. ¡Cuántas cosas pasan en un año! El sabio se vuelve loco. No ha sido necesario mas que un minuto al santo rey David para ver á Bethsabé en el baño y amar á la mujer de Urias. Yo no tengo la pretension de ser tan expeditivo en mis pasiones: necesito un año para corromperme. ¡Qué diablo! ¡El hombre no es perfecto! Yo he abandonado á Roma después de pascua para caer en Nápoles ayer, á la apertura de San Carlos. Se representaba la *Semiramis*, y yo estoy loco por esta ópera. Si no se canta la *Semiramis* en el Paraíso rehuso la puerta si me la concede San Pedro. Todo esto es hebreo para tí, amigo mio; pero yo estoy obligado á hablarte en hebreo. Yo tengo una idea dominante en el cerebro, y la diría á ese árbol si no tuviera quien me oyera. Patricio, recita un *miserere* á mi intencion: yo estoy enamorado.

— Yo no veo en eso mal ninguno, hijo mio, el amor es permitido al hombre, se entiende, el amor cristiano. Jesus instituyó el matrimonio.

— Yo respeto infinito el matrimonio, querido catequista; pero lo cultivo poco. El matrimonio es una cosa tan sagrada, que yo me mantengo á alguna distancia de ella, por respeto.

— Si es una pasión mundana la que tienes en el corazón, es preciso pedir á Dios la gracia para combatirla.

— Escucha, mi querido abate: nosotros hemos pasado tres años juntos en el seminario, ¿no te acuerdas? yo he oido tres veces trescientos sesenta y cinco discursos del género del que tú me haces, y me parece que esto basta para no tener ahora que oírlos de nuevo.

— ¿Pues qué esperas de mí? ¿Crees que voy á olvidar mi ministerio para darte consejos impíos? Si persistes en tus extravíos, me callaré y pediré á Dios con santo fervor que te ilumine en tus tinieblas y te conduzca al camino de la paz.

— ¡Gracias!

— ¡Tú te haces mas libertino de lo que eres, mi querido Lorenzo!

— ¡Oh! Dejemos los sermones para la cátedra de San Genaro.

— Como quieras.

— Patricio, confíame tu secreto: ¿cómo diablos haces para ser santo?

— Lorenzo, yo no soy mas que un pecador: el justo peca siete veces al día.

— ¡Es bien feliz ese justo!

— Lorenzo, déjame partir: mi presencia violentará á tu sociedad, que no me parece debe ser muy devota si he de juzgar por tí.

— ¡Te quedarás! ¡te quedarás! ¡Partir! ¿y puedes pensarlo? ¿Sabes tú lo que ibas á perder marchándote? Yo quiero que tú digas en Dublin, que has comido con... adivinalo...

— ¿Con quién?...  
Y Patricio se puso á temblar.

— ¡Con nuestro gran Rossini, el autor de la *Semíramis*!... ¡Y bien! ¿reconoces el poder de un nombre, mi querido Patricio? ¡Héte enteramente trastornado! estás pálido de emoción... ¡Ah! es que tú eres artista, ¡tú sin saberlo! ¿No eres tú el que nos ha puesto en música, en el Vaticano las Lamentaciones de Jeremías? Yo me acuerdo que tú Alepho me hacia estremecer. Eres un gran músico, te lo repito á fe de caballero..... Vamos á ver, ¿tienes ahora valor para partir?

— El autor de la *Semíramis* no puede ser mas que un demonio.

Patricio daba vueltas á sus siniestros ojos, y Lorenzo dió una gran carcajada; cuando se calmó su risa, dijo á Patricio, llevándolo hácia la casa.

— Si Rossini es un demonio, tú harás la señal de la cruz en la mesa, y desaparecerá, y nosotros comeremos entonces mejor con un convidado menos.

— Lorenzo, bien pensado todo, me quedo.

— Ya lo he adivinado. ¿Quieres ver á Rossini?

— Sí.

— Tú le verás. Es un bello jóven, y tan diablo como músico: un gracioso que siempre se está riendo, que cuenta un sinnúmero de historietas que hacen morir de risa, y que detesta á las gentes serias.

— ¡El autor de la *Semíramis*!

— ¡Eh! Sí, el autor de la *Semíramis*, que come admirablemente y no habla jamás de música; el hombre mas natural que la Italia haya alimentado de macarrones. ¡Vas á ver al instante á ese buen diablo! Ve á vestirme. Toma mi llave: ese criado te enseñará mi guardaropa. Tú elegirás el color que mas te acomode, oscuro ó claro. Todos mis vestidos han salido del taller del monte Citorio, que es elegante hasta el último punto. Marcha, te espero: mira que nuestra flotilla no puede tardar.

— En el fondo, decia entre sí Patricio, subiendo al guardarropa, no traspaso ninguna ley canónica. No le está prohibido á un subdiácono ver á Rossini. ¡Quién sabe aun si Dios me habrá destinado para convertirle!...

III.

Todos los artistas del teatro de San Carlos, cantores, coristas y músicos, guarnecian las orillas del mar, debajo de la villa Sorrentina. Lorenzo, vestido de gala está á su cabeza, pronto á dar una orden que los artistas parecen aguardar con impaciencia. Al lado de Lorenzo se hace notar Patricio por su continente equívoco y por un vestido que acusa ser prestado, la poca elegancia del que lo llevaba.

Vése á un milla de distancia la flotilla de góndolas esperada, que iba soberbiamente empavesada con los colores de Nápoles y de Sicilia, y vuela sobre la superficie del agua con la agilidad de una tropa de gaviotas. Unas cuantas hogadas y llega la columna.

Patricio se inclina misteriosamente al oído de Lorenzo, y le dice con voz conmovida:

— ¡O mis ojos se engañan ó se está preparando alguna escena horrorosa! ¡En la primera góndola hay una mujer!...

— Te digo que no es una mujer; respondió Lorenzo con los ojos inflamados, es un ángel; una divinidad, un milagro viviente, un fenómeno, que habla, canta y rie; una vision, un sueño palpable, un demonio del Paraiso; pero no una mujer, Patricio.

Y dió la señal á los coristas y músicos.

Al momento las aves dejaron de cantar en las acacias, y la mar permaneció silenciosa. El coro de *Semíramis*, *Fra tantí regi e popoli*, cantado al principio por una sola voz de bajo, y luego repetido por todos los demás, estalló al aire libre, despejado, alegre, sin sujetarse á los bastidores de carton pintado, y en un sol ficticio, derramando á lo lejos sobre la colina, los bosques y las aguas, un encanto divino. Hubiérase dicho que las notas rossinianas, lanzadas hácia el cielo, volvian á caer en lluvias de gotas de oro sobre láminas de cristal, y que toda la llanura se hacia armoniosa para saludar al creador de la *Semíramis*.

Patricio invocaba á su santo patron y desesperaba de la gracia: la flotilla abordaba á la ribera, y el coro cantaba aun.

Oyóse una larga y melodiosa risa, una risa armoniosamente cantada como un concierto de violoncelo, y una mujer bella y jóven exclamó:

— ¡Muy bien! ¡muy bien, amigos míos! ¡Soberbio, señor Lorenzo! ¡Jamás ha sido recibida la reina de Babilonia con esta pompa! ¿No es verdad, mi querido maestro, que no se cantaba tan bien en Babilonia, vos que habeis vivido en aquel tiempo?... Ahora me toca á mí.

Y la mujer, arrojando á las ramas de un naranjo su ligero sombrero de paja, y dejando caer sobre su cuello sus hermosos cabellos negros, entonó el *Fra tantí regi* como en San Carlos. Rossini cogió una naranja y la comió.

Al fin del coro y de la escena, Patricio dijo á Lorenzo:

— Este sitio no es bueno para mí; voy á meterme en una góndola y volverme á Nápoles.

Y ya habia dado un paso cuando Rossini se acercó á él alegremente, y le dijo apretándole la mano:

— ¿A dónde vais, jóven? ¡qué nos dejais!

Patricio se sonrojó, y contestó entre dientes algunas palabras ininteligibles.

— Pues yo no os dejo, continuó Rossini. Vamos, querido, sois demasiado tímido, tomad mi brazo y andiamo á tomar alguna cosa porque tengo hambre... ¿No es verdad, señor Lorenzo, que el ageno del golfo de Baya es mejor que el del café Inglés? ¡Oh! ¡El señor Lorenzo está sordo, se ha apoderado de la *diva*!

Patricio, arrastrado por Rossini hácia la mesa del festin, se parecia á un cadáver unido á un cuerpo viviente. No salió de su deliquio moral hasta que estuvo sentado en su sillón, y á la voz de Rossini, que se estasiaba sobre la disposicion de la comida.

El jóven irlandés dió una mirada rápida á su alrededor, y por poco no sucumbe esta vez á su emocion viéndose colocado frente de Lorenzo y de la temible mujer de San Carlos. No distinguió mas que confusamente las cincuenta personas que coronaban la mesa; toda aquella reunion estaba como perdida y oculta bajo los rayos de *Semíramis*. Solo el vecino de la derecha, Rossini, se conservaba visible para Patricio.

Por lo regular es el silencio la apertura á la sordina de todo festin de artistas; pero acallado el primer apetito, un *tutti* de voces estalló con mas ó menos armonía. A favor del ruido del segundo servicio, Patricio volvió á adquirir insensiblemente sus facultades físicas y morales, y aun trató de meditar alguna cosa para obsequiar á aquel gran Rossini, que le habia mostrado tan afectuosa urbanidad, sin que lo mereciera. Fortaleciendo su voz con un vaso de lacrima-Christi, Patricio se volvió hácia el *maestro* é inclinándose sobre el asiento, dijo pomposamente.

— Cisne de Pésaro...

Rossini le detuvo bruscamente, agitando su tenedor como un cetro.

— Ya sé lo que vais á decir, ya lo sé, amigo mio.

— Armonioso hijo de Ausonia, continuó Patricio.

— Sí, sí, tomad mi mano, excelente jóven, y dejemos descansar á los cisnes de Ausonia. ¿Queréis que os enseñe á hacer una buena salsa para lomo? Es muy sencilla: cortad una rueda de limon, esprimid el jugo sobre pimienta negra y desliadlo con una anchoa fundida en aceite, y me direis luego lo que es bueno: esta receta me la comunicó M. de Cussi. Inclinaos delante de este gran nombre.

Rossini conoció que habia ofendido á Patricio, y le dijo inclinándose á su oído:

— ¿No os ha maravillado la acogida que os he hecho esta mañana?

— ¿Qué acogida me habeis hecho? preguntó Patricio con aquella dignidad que toma súbitamente un hombre vivo, que cree haber recibido una ofensa.

— Me he llegado á vos como si fuerais un amigo de veinte años.

— Por de pronto me he llenado de orgullo; pero vos no me conociais.

— ¡Yo os conocia! ¡Sí, os conocia! dijo Rossini con una emocion que se esforzaba en disfrazar.

— ¿Y dónde me habeis visto? preguntó Patricio con tono de inquietud.

— Ayer noche, dijo Rossini en voz muy baja, buscaba un hombre con la linterna de Diógenes, en San Carlos, y os he visto.

— ¿A mí? dijo Patricio perdiendo el color.

— Silencio... sí, á vos; yo he conservado toda la noche vuestras facciones aqui, en mi frente. Estábais magnífico. Yo he hecho la *Semíramis* para vos y para mí... pero dejemos eso ahora. Bebed un vaso de champagne conmigo.

Luego, dirigiéndose á Lorenzo:

— Señor Lorenzo, ¿habeis comido alguna vez en casa de Biffi, calle de Richelieu?

— Muchas veces, señor maestro.

— Se componen muy bien allí los *ravioli*. ¿Sabéis, Maria, quién es el mejor cocinero de *ravioli* en Nápoles?

— No, respondió Maria.

Si Rossini hubiera puesto en música aquel *no*, no lo hubiera hecho mas armonioso al oído.

— Maria, prosiguió Rossini, enviad todos los días á medio dia á la hora del *Angelus* á vuestro criado á la fonda del *Violon de Apolo*, frente á San Felipe Neri. *Ravioli* de primera calidad.

Y Rossini continuaba llenando el vaso de Patricio. El jóven irlandés, sóbrio de profesion y de pais, bebia imprudentemente por cortesía y por distraccion, todo cuanto le echaba el creador de la *Semíramis*.

A los postres, la exaltacion hervia en su pecho, y la menor causa debia hacerla saltar al exterior.

La conversacion que acababa de entablarse no era de modo alguno del gusto de Patricio; él esperaba una conferencia maravillosa y elevada, que debia promover naturalmente la presencia de Rossini y de la célebre cantatriz. En vez de esto asistia á una disertacion sobre los *ravioli*, la *pasta froya*, los *pickles*, la cocina de Biffi, y luego si de la cocina se dignaban elevarse al arte musical se entablaba entonces una furiosa discusion sobre las arias en *ut* en *fa* en *ré*, sobre las *strette*, las *scherze*, las *cabalette*, las armonias de *terce*, los *andante*, los *allegro*, los *adagio*, las *mayores*, las *menores*, los *tremole*, los *soto voce*, y sobre todo aquel eterno vocabulario técnico del uso de los instrumentistas que se complacen en sofocar la poesia y la idea en un dialecto mágstral y pesado.

Rossini no respondia á todas las interpelaciones sobre las *scherze* y las *cabalette*, mas que por el elogio del plato que comia.

La célebre cantatriz, con una gracia, una sonrisa y un vaso de ponche frio en la mano.

— Querido maestro, yo soy franca; á mí no me gusta demasiado mi papel de *Semíramis*, porque no tengo cavatina á mi entrada; ¡eso es horrible! yo entro en el templo de Belo como en mi cuarto. Hacedme una introduccion, mi querido Rossini.

— La moda del ponche frio, respondia Rossini, nos viene de la Inglaterra, es un excitante poderoso.

Patricio se levantó con ojos centelleantes, el rostro inflamado como un hombre que ha llegado al delirio de la exaltacion y al olvido de sí mismo.

— ¡Rossini, exclamó, vos cantais para oidos de sordo! ¡Esos hombres son demasiado sabios para comprenderos: necesitais en vuestros oyentes inteligencias sencillas y naturales, imaginaciones poéticas, donde no fermenten las malezas de la ciencia! Rossini, habeis edificado una pirámide llamada *Semíramis*; pero como el arquitecto egipcio, habeis murado la puerta y colocado ante ella una esfinge.

Un primer violín se levantó y dirigió la palabra á Patricio. Pero el irlandés con una de aquellas miradas y gestos fulminantes que suprimen la contradiccion, exclamó.

— ¡Silencio á la orquesta! Hace ya dos horas que estoy escuchando vuestros *bemoles* y *becuadros*; escuchadme tambien á mí ó comed... Sí, *Semíramis* es una obra eterna y que no puede envejecer, porque ya tenia cuatro mil años cuando nació. Toda música tiene su punto de partida. La religion, la libertad, la muerte, y sobre todo el amor, son el punto de donde nace la armonia dramática. ¿Pero de qué fuente ha salido la música de *Semíramis*? ¿A qué impresion humana se semeja? No se trata de la inteligente combinacion de la armonia, sino del pensamiento dominante que se cierne sobre esta partitura increíble é imposible. Rossini ha desdeñado allí todo lo que hace el triunfo vulgar y facil. No hay allí nada de amor, nada de pasion carnal, nada de libertad, que se subleve contra la tiranía, nada de danza, nada de interés particular, nada. Es una fábula renovada del diluvio, un espectro de que se puede burlar, si no se cree en espectros; una madre infame, un Assur feroz, un gran sacerdote estúpido, un Arsaces afeminado. Pues bien, con estos personajes gastados y conocidos desde el labriego hasta de la gente que pisa doradas allombras; con este drama sin verdad, sin novedad, sin interés, Rossini ha creado un mundo: ha tomado todas esas antiguallas y todos esos juguetes de la mitología de Belo, y nos ha llenado de emociones desconocidas que nos parecen venir de un sexto sentido. Nosotros no hemos vivido en Babilonia; ignoramos absolutamente qué melodías corrian con los vientos por entre las palmeras de los jardines suspendidos, y un misterioso instinto de artistas nos dice: «que toda aquella ardiente música está llena de perfumes babilónicos, en sus alegrías, en sus triunfos, en sus terrores, en sus remordimientos, en sus tumbas. Antes de la *Semíramis* no deberiais tener mas que obras cortas, bellas en ciertas partes; pero espirantes por falta de talento. En la *Semíramis* todo se lanza de una hoguera inextinguible; la orquesta es un volcan que prodiga las pedrerías, como el Vesubio los átomos de ceniza. Es un poder de soplo sobrehumano, una aspiracion colosal, como si una pirámide entreabriera sus entrañas para dar paso á los torrentes de aire aprisionados en su interior desde la existencia de Nino. ¡Es una profusion de riquezas, capaz de agotar todos los tesoros del Oriente!... *Semíramis*, la gran reina, entra como debe entrar, hermosa, trémula y muda. Hé aqui Arsaces que llega, escuchad lo que canta, y decid si esto os recuerda algo conocido. Oid su duo, con Asur, y decidme si jamás la música en proporciones tan estrechas ha producido alguna cosa mas grande, mas variada y mas opulenta. Escuchad aquellas arias de delicia oriental que las damas de la reina cantan en sus jardines, y decidme si no percibís el dulce veneno que respiraba en el ginecio de las reinas adúlteras. Escuchad el final de la tumba, y decidme si jamás la metafísica de los terrores sobrenaturales ha encontrado un lenguaje mas formidable para daros el estremecimiento de la muerte. Despues de esta lúgubre y terrible escena que os hace creer lo increíble, parece que el poder del artista creador, no puede ir mas allá. Esperad en Rossini; pues no habeis visto aun mas que el peristilo del templo, aun os faltan dar algunos pasos, entrad. La misma energía de tonos, el mismo vigor os lanzará en otras maravillas. Rossini os hará aun asistir á una escena que es el prodigio del arte: os hará enternecer por una madre cubierta de la sangre de su esposo, que abraza á su hijo: Rossini sacará de la nada para completar esta reconciliacion imposible, notas fundidas en el crisol celeste á la luz de la clemencia de Dios. Y no creais que cosas tan milagrosas sean todas efecto de las sábias combinaciones del arte, ó bien de las inspiraciones solitarias del poeta; ha alcanzado Rossini lo que no falta jamás á los genios sublimes, la felicidad: bajo la obcesion de su demonio, Rossini obedecia á menudo, sin saberlo, á una ley sobrenatural que le dictaba los ecos de un mundo que habia desaparecido. Esta era la asociacion de las dos naturalezas, de las cuales una sola se materializaba y tomaba un cuerpo humano: la otra permanecia en esas profundidades del espacio en que algun genio invisible guarda todos los tesoros de alegría, de cólera, de dolor, de amor, de fuego, que el hombre ha gastado desde su creacion.

Patricio se dejó caer sobre el sillón; su rostro estaba amoratado, sus cabellos agitados se erizaban como llamas. Arrojó sobre la mujer una mirada devoradora, y

cerrando los ojos, alargando los brazos sobre la mesa, y ocultando el rostro con sus manos, guardó la inmovilidad de la tumba ó del sueño.

La estupefacción estaba pintada en el rostro de todos los convidados. Rossini, el mas agudo de los hombres de talento, trató de sonreír y buscó por primera vez un chiste de circunstancias; pero por primera vez no lo encontró. La bella María convulsivamente agitada habia alargado tambien sus brazos desnudos y bellos sobre la mesa, y con el pecho inclinado hácia adelante, las trenzas de sus cabellos desarregladas sobre sus sienes y espaldas, el rostro inmóvil, los ojos fijos y en extremo abiertos, se parecia á una esfinge de blanco mármol, exhumada de una tumba del templo napolitano de Isis y Serapis.

Pero entre todos los convidados, el mas digno de verse era Lorenzo, el señor del festin y de la villa. Lo que habia oido, lo que veia le parecia inexplicable: continuaba mirando á Patricio con ojos húmedos de emocion, y trastornados por una especie de terror. Nadie se atrevia á hacer ninguna reflexion antes que Lorenzo, y él no sabia qué giro dar á aquella escena sin nombre.

De repente se puso en pié, dobló una de las extremidades de la mesa, y levantando á Patricio se lo llevó desmayado ó dormido al interior de la casa.

Un criado fué á anunciar de parte de su amo, que el señor Lorenzo consagraba lo restante del dia á su amigo enfermo, y que cada convidado podia hacer lo que mas le acomodara.

Los convidados, siempre silenciosos, se levantaron y marcharon prontamente hácia la orilla donde les esperaban los remeros.

Estaban ya bien lejos y la célebre cantatriz aun no se habia movido de su sitio.

— ¿Señora, le dijo Rossini, no os acordais que tenemos un ensayo á las cuatro?

María hizo un movimiento nervioso de cabeza y de brazos, como si hubiera dormido despierta y una voz le hubiera arrancado aquel sueño extraño, y levantándose con una vivacidad convulsiva, dijo:

— Es cierto, vamos al ensayo.

#### IV.

Al siguiente dia, se levantó Patricio, con el primer rayo del sol, en una habitacion de la villa Sorrentina. Abrió la ventana y respiró en el aire fresco de la mañana, el mejor remedio que la medicina puede aconsejar despues de una furiosa agitacion.

Entró Lorenzo y los dos amigos, un poco embarazados el uno del otro, se apretaron afectuosamente la mano.

Con una pregunta comun, se sale fácilmente de una posicion equívoca.

— ¿Cómo has pasado la noche? dijo Lorenzo con una libertad afectada que queria acomodarse á la situacion de su amigo.

— Muy bien, dijo Patricio... ¿Qué he estado enfermo?

— No, es una pregunta de costumbre que yo te hago.

Patricio cerró los ojos como para observar sin distraccion dentro de sí mismo algun confuso recuerdo de la vispera, y tomando la mano de Lorenzo, dijo:

— Amigo mio, ayúdame á pensar: ¿qué sucedió ayer? alguna cosa me pesa sobre la frente... ¿He dormido mucho tiempo?

(Se continuará.)

### Bellas Artes.

GALERÍA DE CASSEL. — RETRATO DE LA ESPOSA DE REMBRANDT.

Hace largo tiempo que la galería de Cassel es célebre en Alemania y en la Europa entera; pero se habia hecho olvidar un poco. A fines del último siglo rivalizaba



El retrato de la esposa de Rembrandt, copia de un cuadro original existente en la galería de Cassel.

en riqueza y fama con la galería del Belvedere, en Viena, y aun con las de los electores-reyes de Dresde, lo que es mucho decir, en aquellas épocas en que los museos de Munich y de Berlin todavía no existian. Entre las personas que se interesan en la historia de las colecciones de objetos de arte, pocas ignoran que de la galería de Cassel provenia casi enteramente el admirable *Gabinete de la Malmaison*, el que la emperatriz Josefina vendió al emperador Alejandro en 1814, casi en el instante de morir, y antes de que las reclamaciones de las naciones extranjeras hubiesen despojado de obras maestras el museo del Louvre. El gabinete de la Malmaison se halla hoy en el *Ermitage*: él es el que de un solo golpe ha dado á San Petersburgo el mas admirable cuadro de Pablo Potter, la *Vaca orinando* (es el nombre con que se le conoce) (1), el mas admirable cuadro de David Teniers, la *Fiesta de los ballesteros de Amberes*, y cuatro maravillosos cuadros de Claudio de Lorena, la *Mañana*, el *Mediodia*, la *Tarde* y la *Noche*. Todas estas obras maestras eran procedentes del palacio de los electores de Hesse.

Aunque empobrecida con esta sangría que la llevó lo mejor de su sangre, la galería de Cassel era todavía una de las primeras del mundo, pues en el último catálogo impreso se citan mas de 1,300 cuadros, entre ellos 28 de Rembrandt, composiciones, retratos y paisajes.

Era un tesoro oculto. Parecido al *Perro del hortelano*, «que ni come ni deja comer,» el último elector de Hesse habia concluido por cerrar para todo el mundo y para sí su magnífica galería. No la conocia ningun habitante de la ciudad, y los extranjeros aficionados no podian obtener el favor de una visita.

— ¿De dónde viene el extranjero solicitante?

— De Inglaterra.

— Pues que se vuelva cuanto antes. Y se acababan las solicitudes.

Al tomar posesion del electorado de Hesse, el rey de Prusia ha encontrado un medio muy fácil de hacerse popular entre sus nuevos súbditos: ha mandado abrir las puertas cerradas. Un pintor distinguido de Menzel ha procedido á la obra de limpieza, que era bien necesaria, y ahora los habitantes de Cassel pueden admirar las preciosas curiosidades de su pais natal.

Recientemente ha reproducido la fotografia las principales obras de que se compone la galería de Cassel. Desgraciadamente un escrúpulo muy respetable, pero sin duda exagerado, no ha permitido que esta operacion se hiciese en buenas condiciones. No se han atrevido á sacar los cuadros de su puesto, y así es que han tenido que trabajar con una luz defectuosa. Así ha sucedido que las reproducciones son sombrías, á veces demasiado confusas; hasta los contornos carecen de precision, lo cual dará á conocer hasta qué punto se han sacrificado los efectos del claro-oscuro. Los grandes coloristas Ticiano, Rubens, Rembrandt, son los que peor han salido, no menos que los pintores delicados y de tonos luminosos. Pablo Potter, Van de Velde, Felipe Wouwermans; pero el trabajo podrá rehacerse ya que están allí los originales.

Entre tanto, y para dar á nuestros lectores una muestra de tan bella coleccion, elegimos una de las obras de Rembrandt que se ha reproducido con mejor éxito. Es el retrato de su primera esposa, Saskia Vilenburg, con quien se casó en 1634, para perderla ocho años despues, de quien tuvo su hijo Tito, y cuyas facciones ha reproducido tan á menudo y con tanto *amore*, como Rubens las de su bella Elena Forman. En este retrato Saskia aparece muy jóven todavía, casi adolescente: por las alhajas que lleva, se puede conocer cuánto la amaba el grande artista. Está mas jóven aquí que en el retrato de Dresde, donde se ve sentada en las rodillas de Rembrandt, riendo y con el vaso en la mano. Su edad viene á dar la fecha del cuadro, que no tiene otra. Debe ser posterior de dos ó tres años á la célebre *Leccion de anatomía* (1632) que está en la Haya.

L. V.

(1) En el título de venta figuró por la suma enorme entonces de 250,000 francos.

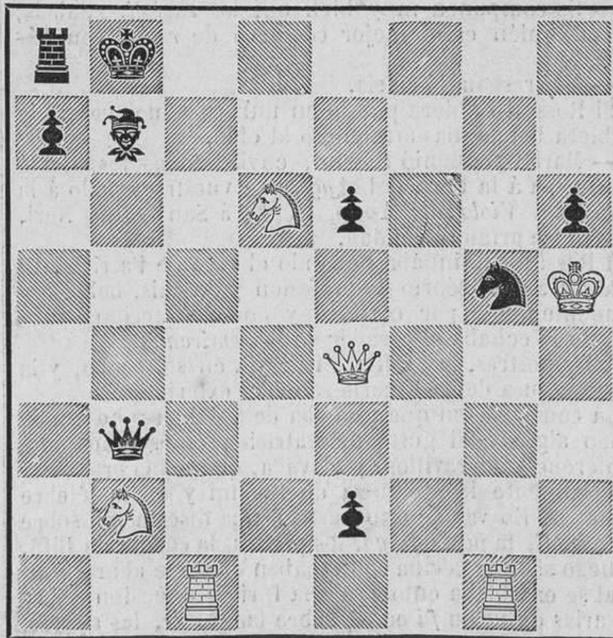
### Problemas de ajedrez.

Solucion del número 298.

- 1 C toma P 6ª Ra R 4ª ARª
- 2 C 8ª R R 5ª CA ó Rª
- 3 A 6ª Ra jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 299, POR M. FREEBOROUGH.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris.— Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.